

# Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

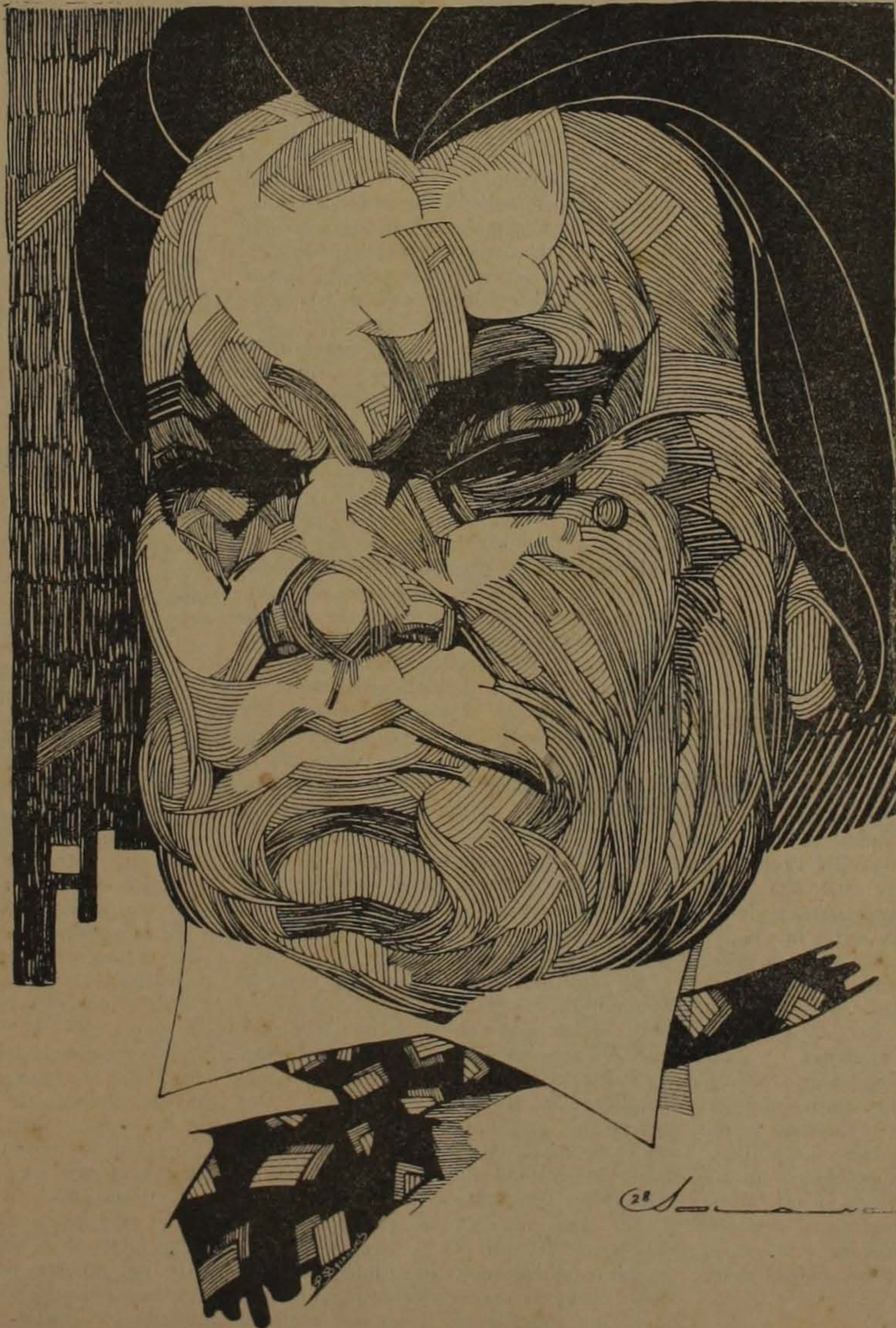
1929

Sábado 9 de Febrero

Núm. 6

## SUMARIO

Pasión agraria.....	<i>Gabriela Mistral</i>	Noticia de libros.....	<i>Fernando Vela</i>
La migración y el latifundio.....	<i>César E. Arroyo</i>	Escoltem-la.....	<i>Alfons Maseras</i>
Margarita Ogilvy (9).....	<i>James M. Barrie</i>	Poesias.....	<i>Egilia Bernal</i>
Responso al Capitán Bird.....	<i>Antonio Irazos</i>	Carta.....	<i>Haya de la Torre</i>
Bergson y su premio.....	<i>Andrenio</i>	2 poemas.....	<i>Serafin del Mar</i>
Se honra al filósofo Bergson.....	<i>Raymond Recouly</i>	<b>Tablero (1929)</b> .....	
La mano del hermanito Baltasar.....	<i>Carmen Lyra</i>		



*Rubén Darío*

Dibujo de Noé Solano  
En homenaje al sumo poeta,  
y en el aniversario 13 de su  
muerte, acaecida en León  
de Nicaragua el 6 de fe-  
brero de 1916.

EN su casa, clara y amplia, con amplitud de casa española, de la Marsella solar, conversamos, buena parte del año, con este César Arroyo, agrarista de vocación y burócrata consular por accidente.

A cada nuevo viaje mío él me dice: «El libro sobre la tierra ya tiene dos capítulos más». Le brillan los ojos de la pasión que ha adoptado, busca sus papeles y se sienta a leerme las páginas que yo no conozco, con un entusiasmo a lo Soto y Gama<sup>(1)</sup> casado con la tierra...

Si existe varón pacífico en la América de la guerrilla impenitente, donde llega a confundirse el adjetivo *viril* con el sustantivo *matón*, Arroyo es la muestra más inmediata de tal criatura; tan bueno que parece fábula él entero, con su fe loca en los excelentes, con su falta absoluta de sentido crítico, que no es sino voluntad de aceptar y de absolver a quien se me acerca, con su entusiasmo blanco de espumas lujosas.

Zaldumbide, en el prólogo de su primer libro—*Retablo*<sup>(2)</sup>—ha hablado largamente de la capacidad de fervor que hay en César Arroyo. Nació así, así llegó a la literatura, hizo vida literaria—lo cual significa que conoció monstruos y entre ellos algunas medusas, como el buen buzo—y se quedó igual, ardiendo de ilusiones sobre la bondad roussoniana del prójimo. Es una reserva—la palabra se usa en el sentido forestal—de buena fe, de certidumbre de bien, que en las horas malas beneficia a los que el pesimismo empieza a agarrotar.

Después de una hora de conversación, se funde de nuevo en el que lo oye el corazón empedernido.

Zaldumbide esperó hallar algunos granos de sabiduría escéptica en el Arroyo treintaero. Estaba íntegro en su infancia voluntaria de corazón. A los sesenta años le dará a él y me dará a mí, el mismo pasmo.

Yo lo presenté alguna vez diciendo: «El hombre más bueno de la América».

Como los niños, suele jugar al «coco». Y en una o en dos partes de este libro habla de «la revolución social que vamos a hacer». Yo leo y me sonrío. Al primer saqueo y a la primera «degollina» de rebeldes. Arroyo se apartaría con asco de la comparsa. El juega con la palabra porque la palabra no se ve costrosa de sangre y pus como el suceso mismo. Las palabras, planeando sobre los hechos, se quedan enjutas y él las mira como a la gaviota que hizo festín de carne podrida, y vuela después limpia sobre la ola.

Del libro que sigue, tan lírico, a pesar del asunto económico, no va a salir una revuelta de indios. Puede salir, en cambio, la formación de un partido agrarista en su tierra y en las nuestras.

Alguna vez han de dar signo de sí y echar vagido esas masas campesinas que hacen horizonte como la hierba, y que siguen allá, ausentes de la acción política. «Indios o campesinos mestizos están representados indirectamente en las Cámaras», se dice. Los representa el capataz; toma su nombre el mestizo, a veces los detesta y siempre los desprecia: el capi-

## Pasión agraria

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile=



talismo limeño, quiteño o santiaguino *hace que hace* por ellos.

No hay, entre lotes de desventura, que son tantas en este mundo labrado célula a célula para la desgracia, no hay lote como el inquilinaje nuestro. Desgracias que el campesino se da—alcoholismo, pereza, indiferencia, suciedad—desgracias que le dan: el salario impío, el atropello cotidiano y diverso, en la propiedad (cuando la tiene) en la ciudadanía (si vota); en la mujer y la hija, en la fe, en cuanto asoma en él y que por parecer ejercicio de hombre libre, se castiga y se quiebra, para envilecerlo junto con hambrearlo.

Si nosotros tuviéramos un Dostoiewski, ellos serían, los indios y los mestizos del campo, quienes les dictaran «sus humillados y ofendidos».

Contar la experiencia india desde los aztecas y los chibchas hasta los «libertadores», que no libertaron sino capitales y dejaron intacta la vergüenza del campo, sería escribir un tratado de nuestra crueldad china y deshacer los nervios del lector más robusto. Algún día se ha de escribir, fuera de todo aspaviento de adjetivo, porque el asunto no necesita sino la expresión escueta, este recitado de la barbarie rural, que comenzó el Padre Las Casas y que los jacobinos humanitaristas no han sido capaces de continuar en el punto en que él lo dejara.

La obra agrarista de Arroyo está fuera de carácter técnico. Estas páginas señalan solamente con un gesto generoso, hacia donde hay que volver el ojo distraído y la voluntad sin objeto preciso.

El obrero industrial acapara toda la atención de los llamados partidos democráticos en esos países. Se le adula, porque él, gracias a una relativa libertad de sufragio en las ciudades, puede *hacer* senadores o, al menos, diputados. Del campesino en Chile y en otros países, nadie se acuerda. Y esto muestra bastante la calidad de la conciencia y la sinceridad democráticas de los candidatos.

La clase campesina comprende un 50%, un 70, un 80% formidables en aquellas poblaciones. No se puede olvidar eso, vivir al margen de semejante hecho, por ignorancia, si no por malicia, bizca y perversa.

Así vivimos. Cada candidato busca su prestigio, prepara su programa con unas cuantas ostentosas obras públicas en las grandes ciudades, con algunos artículos atrevidos—que no se cumplen—de un Código de trabajo; con organizaciones de educación que se quedan en lo urbano y no trepan a la sierra, zona del indio y del mosquito, con algunos espejuelos ridículos de «libertades electorales». El indio se queda sin suelo, sin herramientas y sin educación agrícola: le dejan el alcoholismo y la coca, para que desaparezca por su voluntad y sin reproche para el blanco; le dejan, sin tocárselos, los hábitos de suciedad y de riña, los de brutalidad para la familia, y los de fatalismo. Reciben, si les llegan, los peores maestros; en la policía, el carabnero peor, en la justicia, el patrón rural mismo, si no el mayordomo.

Porque la República ha creado una burocracia vil de maestros normales que detesta la escuela rural y se acomoda en las urbanas creando casta, y la educación gratuita—que le pagaron los impuestos, no le empuja a servir donde se le necesite sino donde su apetito se arrellana. Y la normalista no hace más que el hombre, aunque le complazcan tanto los discursos de reparto de premios en que se le llama «madre de la patria» entre otras finezas...

De esta manera nuestras «democracias» han tratado el campo del cual viven en buena parte. (¿No es Ecuador el cacao y Cuba la caña?)

En la Provenza bien repartida, como tierra francesa, donde un canal riega diez mil huertos y el aceite y la almendra esenciales salen de doscientos mil predios, mi amigo y yo recordamos la perversidad necia—porque ni siquiera es afortunada—de nuestro latifundio. Donde no se envidia, se llora de impotencia.

¿Qué somos él y yo para convencer a nuestros capitanes políticos de que la colonia era latifundio y que no hemos salido de la colonia?

¿De dónde sacamos garra de concepto y fuerza de miedo—que es la única que allá vale—para convencerlos de que sólo la propiedad numerosa puede salvarnos de un comunismo tártaro?

La riqueza sudamericana tiene no sé que de embrutecedor en su exceso y su falta de información del mundo, quiere hacer que retroceda la marejada del descontento sin perder nada en la transacción con el descontento.

El campesino francés cuando dice «mi país» no aúpa metáfora. Posee un pedazo de colina, de llanura y de quebrada; llama *patria* el conjunto de predios verdes en que hay uno donde él poda el olivo propio y riega la hortaliza de que comen sus niños; nombra al decir *Francia* una red de riqueza en que lo suyo es uno de los nudos; menciona un sistema político que lo obliga a lealtad porque lo ha apaciguado con equidades.

La cosa más concreta y más inmediata, la que forma abrazo casi carnal en torno suyo es la patria. País del hijo y país del huerto que sustenta al hijo; después, país de la historia que ha rasguñado con garra ese suelo y, después de esto, la sensibilidad colectiva, la ma-

(1) Leader agrarista mexicano.

(2) Disponemos de algunos ejemplares de esta obra. A \$ 3 el ejemplar.

nera de rostro y de acento que esa historia misma ha ido labrando en la criatura. Esto es patria para un campesino de esta Francia honesta, hidalga y sensatamente dividida.

Yo no comento las demás partes de esta obra. Yo no sé nada de esta obra. Yo no sé nada del petróleo, del caucho, etc. Nací en el campo; lo he buscado

después forzadamente, cuando vivía en las ciudades, para seguir en contacto vital con él y conozco, como la belleza, la tragedia del campo chileno. La ecuatoriana debe ser semejante.

Yo agradezco a César Arroyo la pasión agraria, como si con ella me defendiera a los míos y me acariciara el corazón. Ocuparse de la América en país de sensibilidad y disfrute como es Francia para el extranjero con renta, prueba una

lealtad sin quebradura a su tierra. Significa ejercicio de ciudadanía a la distancia, pero militante.

Todo ello es, en buenas cuentas, angustia por nuestra suerte y apetito de honra colectiva; remordimiento de hombre justo comprometido, sin quererlo, en la injusticia común.

Gabriela Mistral

Marsella, enero, 1928.

Problemas de Hispanoamérica

## La migración y el latifundio

Para Repertorio Americano

UNO de los fenómenos sociales que aparecen más profundamente alterados en la post-Guerra es el de la emigración europea. Antes de 1914, emigraban, anualmente, más de un millón de europeos. Los países de procedencia de éstos eran los de la Europa Central e Italia, España, Portugal, Gran Bretaña e Irlanda. Y los países de destino de estos emigrantes eran los de la América española, principalmente, la Argentina, México, Brasil y Cuba. Sólo una escasa parte de europeos se dirigía a Australia o Nueva Zelanda. La Guerra reteniendo a los hijos de los países beligerantes para arrojarlos en la hoguera de los sacrificios; y, a los neutrales, proporcionándoles trabajo y dificultando enormemente la navegación transoceánica, anuló la emigración.

Firmada la paz de Versalles se creyó que los trabajadores europeos emigrarían en masa al Nuevo Mundo, huyendo de la Europa esquilmada y devastada. Pero no ha sido así. Al contrario, la emigración europea decrece día a día. Hasta haber venido a quedar reducida a una tercera parte de lo que representaba en 1913, con tendencia siempre a la baja. He aquí las cifras que encuentro a un trabajo recientemente dado a la estampa por el publicista español, don Luis Olariaga, especializado en estas cuestiones, y que es de quien tomo los siguientes datos:

Pais de Inmigración	Media anual del trienio 1911-13	Año de 1926
Italia.....	408.550	119.055
Gran Bretaña e Irlanda.....	390.292	196.960
Austria-Hungria....	240.979	40.582
España.....	161.709	45.289
Portugal.....	82.909	32.882

«En Italia ha quedado reducida la emigración transoceánica a una tercera parte, aproximadamente; en la Gran Bretaña e Irlanda, a

la mitad; en las naciones que constituyeron el imperio austro húngaro, a la sexta parte; en España, a la cuarta, y en Portugal, casi a la tercera. Únicamente en Alemania se ha triplicado; pero la emigración alemana es muy inferior a la de la generalidad de los países citados; en el trienio de 1911-13 fué de 22.359 personas por término medio anual, y en el año de 1926, de 66.142.»

El resultado obedece a causas aparentes y a causas profundas.

**Causas aparentes:**—Las leyes fuertemente restrictivas, casi prohibitivas de la inmigración, dadas por los Estados Unidos de Norte América, los cuales cierran tercaamente sus puertas de hierro a la inmigración europea, a pesar de deber a ella, casi por entero, su actual progreso y formidable desarrollo;

La absorción por los Trust yanques de casi toda la producción azucarera de Cuba, en la cual ha descendido muchísimo el nivel de los salarios;

Las conmociones intestinas y las luchas religiosas de México;

La superproducción de la República Argentina, de resultados, a veces, contraproducentes para los agricultores, etc., etc.

**Causas profundas:**—La Europa industrial y agrícola se ha transformado esencialmente en los últimos diez años, organizándose sobre nuevos fundamentos de razón y de justicia que tienden a dar al trabajo la parte cabal que legítimamente le corresponde en la producción de la riqueza. Esta reforma, que había sido proclamada por los apóstoles y pensadores de Europa, y fecundada con sangre del proletariado universal, comenzó a hacerse realidad en el Tratado de Paz de Versalles, que entre tantas oleadas de odio, lleva siquiera este gran amor. Allí se consagra seria atención al nuevo estatuto del trabajo, que ha sido después desarrollado por convenios internaciona-

les y por la Oficina Internacional de Ginebra, estableciéndose una efectiva solidaridad entre los obreros del mundo entero, por encima de sus fronteras políticas.

Y sobre todo ha llegado ya el día glorioso en que en la mayor parte de Europa la tierra ha sido dividida y repartida entre los que la trabajan, terminándose para siempre con el espantoso latifundio, resabio atroz de las épocas feudales, que hacía huir de Europa, en masa, a los campesinos desposeídos.

Ahora el trabajador industrial europeo ha entrado ya o está a punto de entrar como accionista, en las empresas a las que aporta su esencial contingente. Y el obrero agrícola ya no es el ciervo de la gleba medioeval, que fecundaba con su sudor la tierra de un amo implacable. En la Europa Central y Balkánica, que es en donde persistía en su forma más atroz el bárbaro latifundio han sido repartidas las tierras entre campesinos, que al verse dueños ya de su pe-

queña propiedad, se encuentran bien en sus predios y no sienten el menor deseo de emigrar a extrañas y lejanas comarcas.

La emigración recíproca entre los diversos países de Europa, se ha intensificado sí, como nunca, debido a que formando los trabajadores una inmensa asociación han logrado imponer parejas condiciones de trabajo en toda la culta Europa. Porque no se alteren estas condiciones, que son justicieras y humanas, vela la Oficina Internacional de Trabajo, que funciona en Ginebra y a cuyo frente se encuentra el prestigioso *leader* Alberto Thomas.

Por otra parte, la América nuestra ha perdido mucho de su antiguo prestigio de paraíso terrenal que tenía para el emigrante europeo. Las condiciones en que se desarrolla la vida del trabajador en el Nuevo Mundo son, sin duda, más desfavorables que en Europa. Nuestra legislación social, donde la existe, es arcaica: no ha evolucionado, de conformidad con el acelerado progreso jurídico que



El traje hace al caballero y lo caracteriza

La Sastrería

### La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este del Cometa frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3285

ha alcanzado el mundo en estos últimos años. Las naciones de la América Española no han ratificado el convenio internacional de Washington, de 1919, que reglamenta el trabajo. México es el único país que en su Carta Fundamental ha consignado un verdadero Código de Trabajo. El título sexto, artículo 126, de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos ha recogido, de manera minuciosa, con una prolijidad impropia de una Ley Suprema, todas las conquistas alcanzadas por el proletariado universal después de la Gran Guerra. No obstante, la inmigración ha disminuido en México. La persecución al catolicismo ha retraído a los emigrantes europeos de esta religión, que no han querido verse heridos en lo más vivo de su sentimiento. Además, la política nacionalista llevada a cabo por el Gobierno de Calles, inspiró al Congreso de la Unión Mexicana un Decreto por el cual se exige que el ochenta por ciento del personal de todas las industrias, comercios y explotaciones radicados en territorio mexicano, sea mexicano; lo cual, naturalmente, lejos de atraer europeos, hizo que muchísimos regresaran a sus países de origen. Por último, las sangrientas e inintermitidas contiendas fratricidas que allí se desarrollan, ahuyentan al elemento extranjero.

Ultimamente, se ha comentado mucho en Europa las restricciones opuestas a la emigración de sus súbditos, por el Gobierno fascista de Italia, que ha pretendido, nada menos, que seguir ejerciendo jurisdicción sobre los emigrantes italianos avocados en otro país; proposición que no ha sido, ni será aceptada por ningún Estado de nuestra libre América, tan celosa y, con razón, de su soberanía.

Pero la causa fundamental de la merma de la emigración europea hacia nuestra América reside en el latifundio que allí con la excepción de México, se mantiene intangible y monstruoso, en virtud de un añejo concepto de la propiedad absoluta, que ya no se atreven a mantener en el mundo ni los Estados más reaccionarios y conservadores de la vieja Europa.

Es el terrible *ius abutendi* del Derecho Romano, el derecho de abusar de la propiedad de la tierra, de la manera más bárbara; dejándola sin cultivo e impidiendo que otros la cultiven. Esta aberración, que ya no existe ni en África, la mantienen, no obstante, en sus legislaciones anticuadas, y lo que es peor, en la práctica, la mayor parte de los pueblos de la América Española.

En Europa, el monstruo del latifundio se bate ya en retirada. El artículo tercero de la Constitución de los Soviets, de 1919, socializó

## Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

*La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos \$ 2.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.*

*Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los \$ 2.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.*

Rep. Am.....	\$ 25.00
José Guerrero.....	" 25.00
Octavio Jiménez.....	" 25.00
Alejandro Alvarado Quirós.....	" 25.00
Carmen Lyra.....	" 5.00
J. J. Salas Pérez.....	" 25.00
Angela B. de Guerra.....	" 25.00
Tomás Soley Güell.....	" 25.00
Jorge Ortiz E.....	" 25.00
José A. Prada.....	" 10.00
Víctor Cordero B.....	" 5.00
José María Zeledón Brenes.....	" 25.00
Carlos M. González.....	" 5.00
Manuel Obando.....	" 25.00
R. S.....	" 10.00

violentamente la propiedad agraria. En Polonia y en Checoslovaquia se repartieron los latifundios de los grandes terratenientes. En Rumania se dió la famosa ley de expropiación, en virtud de la cual pasaron a ser propietarios catorce millones de campesinos, que constituyen el mejor dique contra la invasión del bolchevismo en los Balcanes; pues, en Rumania no fué abolida la propiedad privada sino multiplicada: se quitó las tierras ociosas de poder de los latifundistas y se repartieron entre quince millones de labriegos, que con su trabajo están labrando el verdadero florecimiento de la nueva Rumania. En Italia el Fascismo que cuando se apoderó del poder, anuló las leyes sobre ocupación de tierras no ha tenido más remedio que aprobar la ley de expropiaciones por la cual si un propietario abandona sin cultivo sus tierras es expropiado, y ellas se adjudican en propiedad a los campesinos, que contraen la obligación de laborarlas. Y si un propietario

dejó el agua en la linde de su finca seca, sin convertirla en regadío, es expropiado también. En España el Gobierno dictatorial de Primo de Rivera se ocupa de resolver la cuestión agraria con un criterio retrasado, conservador, naturalmente; pero que, con todo, resulta más liberal que el de los legisladores de Sur América; y, por lo pronto, ya ha redimido los foros, creando la caja foral y ofreciendo resolver el problema agrario en corto plazo. En los otros países de Europa, hace ya mucho tiempo que este problema fué resuelto: en Inglaterra, Irlanda, Bélgica, Países Bajos y Península Escandinava, el funesto latifundio no existe. Los países que surgieron de la guerra sobre territorio moscovita, con su nacimiento recibieron el estatuto de la tierra para el pueblo, con la obligación ineludible de cultivarla.

En la civilizada Francia, la pequeña propiedad tiene un culto fervoroso, constituyendo, sin disputa, la más bella de las realidades

de este gran pueblo. «El campesino francés—acaba de escribir la sacerdotisa de América, Gabriela Mistral en un luminoso prólogo puesto a un libro del autor de este escrito—cuando dice «mi país» no aúpa metáfora. Posee un pedazo de colina, de llanura o de quebrada; llama *patria* al conjunto de predios verdes en que hay uno donde él poda el olivo propio, y riega la hortaliza de que comen sus niños; nombra al decir *Francia* una red de riqueza, en la que lo suyo es uno de sus nudos; menciona un sistema político que lo obliga a lealtad, porque lo ha apaciguado con equidades». «En la Provenza bien repartida, como tierra francesa, donde un canal riega diez mil huertos y el aceite y la almendra esenciales salen de doscientos mil predios, mi amigo y yo recordamos la perversidad necia—porque ni siquiera es afortunada—de nuestro latifundio. Donde no se envidia, se llora de impotencia. ¿Qué somos él y yo para convencer a nuestros capitanes políticos de que la colonia era latifundio, y que no hemos salido de la colonia? ¿De dónde sacamos garra de concepto y fuera de miedo—que es la única que allí vale—para convencerlos de que sólo la propiedad numerosa puede salvarnos de un comunismo tártaro...?»

A pesar de su enorme desenvolvimiento industrial, la Francia es un país esencialmente agrícola, debido a la espléndida calidad de su suelo, que está cultivado con esmero en más de la mitad de sus quinientos cincuenta y un mil kilómetros cuadrados, por una población rural que supera asimismo, a más de la mitad de la población del país, siendo lo más hermoso que el ochenta por ciento de las personas que se dedican al cultivo de la tierra son ellas mismas las propietarias de los terrenos que cultivan. Francia es, por excelencia, el país de la pequeña propiedad; y a esto debe su salvación. Aquí no pasarán de mil los individuos cuyas propiedades midan, cada una, más de doscientas hectáreas. En cambio, hay más de dos millones y medio de propietarios cuyos predios no miden más de una hectárea. La desmenuzación de la propiedad ha producido maravillas, haciendo de Francia uno a manera de vasto esplendente huerto. El régimen de pequeña propiedad, que arranca de fines de la Edad Media, ha moldeado la psicología del francés que encontrándose con tierra y trabajo en su bella tierra, ha sido siempre rehacio a emigrar. Aquí se ejercita, con resultados sorprendentes, el cultivo intensivo, que lo facilitan, de manera eficaz, las asociaciones y cooperativas agrícolas proporcionando a los pequeños cultivadores, abonos, semovientes;

## Entre buenas amigas

Decididamente he encontrado el mejor medio de hacer mis compras, decía una señora a sus amigas.

No tienen Uds. mas que ir a la **Tiendita**, que es la tienda de confianza para Señoras, y pedir una acción del Club que se está formando y les dará toda clase de facilidades.

Las mercaderías las renuevan constantemente y los precios, muy ventajosos. Si Uds. quieren las mercaderías, yo las recomiendo y así pueden retirar desde la primera cuota que pagan.

aparejos de labranza, maquinarias agrícolas, etc., y les aseguran mercados fáciles y remuneradores para sus productos, que cuentan con las más grandes facilidades y medios de locomoción.

En estas circunstancias, el labriego francés no siente el menor deseo de emigrar, ni aun al vasto y feracísimo imperio colonial de su nación, extendido por los cuatro continentes y en donde tiene lo que quiera y es el amo.

Obreros industriales, antes que haber de sobra, faltan en Francia, hasta el punto de emplearse la mano de obra extranjera en una considerable cifra. Cada año entran en Francia más de 20.000 obreros extranjeros, especialmente italianos, y españoles. Los únicos franceses que emigran son una reducida minoría de comerciantes y profesionales.

Con el contingente inmigratorio francés no podemos, y es una lástima, contar en América, ni ahora, ni nunca.

Y con el contingente de los otros pueblos europeos, podremos contar, por desgracia, cada vez menos.

Es que por una triste paradoja están actualmente las tierras libres y bien repartidas y divididas en la vieja Europa, monárquica, tradicionalista y conservadora. Y las tierras esclavas, las tierras acaparadas por uno solo en exten-

siones fabulosas, están en la libre América, hija espiritual de la Revolución Francesa, regidas, cual más cual menos de sus Estados, por Gobiernos que alardean de liberales y hasta de radicales.

En la América del Sur está casi intacto y en algunos países agravado el régimen de la tierra del tiempo de la colonia, que es, exactamente, el mismo sistema feudal que ensombreció Europa, desde el siglo x hasta el siglo xv. La independencia, como dice la Mistral, no libertó sino capitales. La República ha agravado la suerte de los indios campesinos hasta un extremo trágico. Así las cosas, es natural, naturalísimo, que disminuya la corriente de la emigración europea a América. Al emigrante campesino le aterra, y con razón, el latifundio; y el emigrante fabril no se siente atraído por países que vivan fuera de la Constitución y donde no hay legislaciones que hagan valer eficazmente los derechos inalienables de los trabajadores.

De mantenerse este estado social en el Nuevo Mundo, la inmigración europea continuará fatalmente, en rápido descenso, hasta quedar extinguida, con lo cual se les plantea a nuestros países, que necesitan de ella como de una savia fecundante, un grave, gravísimo problema de crecimiento y de vitalidad.

César E. Arroyo

## Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Trad. de Ernesto Montenegro

### CAPÍTULO IX

#### Mi heroína.

Véanse en el tomo anterior, los cuadernos 17 a 20, 22 y 23. Y los Nos. 3 y 4 del tomo en curso.

Al saberse que yo había comenzado a escribir un nuevo libro, mi madre acostumbraba preguntarme de qué trataría esta vez.

—Mucho que costará adivinarlo, decía mi hermana.

—Puede que a ti se te ocurra, pero a mí no se me alcanza—decía mi madre en el tono humilde de quien se sabe poco penetrante. Mi hermana se ponía entonces a provocarla, preguntándole:

—¿Qué mujer está en todos sus libros?

—¿Cómo he de saberlo?—decía mi madre con convicción.—Yo creía que los tipos de mujer eran siempre diferentes unos de otros.

—Madre, ¿cómo te atreves a decir eso? De sobra sabes a qué mujer me refiero.

—¿Cómo he de saberlo? ¿Qué mujer es? Debías de tener presente que no tengo tu cabeza (siempre estaban tirándose pullas como esa).

—No te he de dar el gusto de decir su nombre. Pero déjame decir que ya es tiempo de sobra para que no la mezclara en todo cuanto escribe.

Y entonces, como de costumbre, mi madre se vendía inconsciente:

—Es lo que le digo—replicaba, riéndose—y por más que procura no mezclarme, le resulta imposible; parece que es superior a sus fuerzas!

Una noche cualquiera, después de haberse recogido mi madre, yo llevaba arriba el primer capítulo, y me ponía a leer sentado a los pies de su cama, mientras mi hermana se encargaba de mantener quieta a mi madre, y mi padre acallaba las interrupciones con un ¡chit! Todo iba bien al comienzo; las reflexiones preliminares eran aceptadas con un movimiento de cabeza, la descripción del pai-

saje como tropiezos del camino que debían salvarse a paso lento (mi madre no gustaba de descripciones, y, es por eso que hay tan poco elemento descriptivo en mis libros). Pero ahora comienzo a leer más rápido, con un poco de nerviosidad, pues sé que el párrafo que viene comienza... suponemos con «Una mujer venía por la senda». Me había propuesto pasar ligero esa frase en una voz de desafío, pero después de leer «Una mujer venía por la senda» me detengo. ¡Parece que oí un ligero ruido del otro extremo del catre! Puede que no; es posible que estuviera esperándolo, pero de todos modos me detengo y levanto la vista. Mi hermana y yo miramos a mi madre con severidad. Ella está mordiéndose el labio inferior, las manos hundidas en el lecho: está haciendo todo lo que puede por mí, pero primero se oye una risa contenida, y pronto está retorciéndose de hilaridad.

—¡Eso es saber portarse!—exclama mi hermana.

—No puedo evitarlo,—dice mi madre con esfuerzo.

—Y no hay motivo ninguno para reírse:

—¡Es esa mujer!

—Bien puede que no sea la mujer que te figuras—digo yo con abatimiento.

—Puede que no,—dice dudosa mi madre.—¿Cómo se llamaba?

—Su nombre digo con énfasis—no es Margarita. Pero esto la hace reír de nuevo:

—¡He llegado a tener tantos nombres!—murmura.

—¡Chit! dice mi padre, la lectura recomienza.

Sería el caso tal vez que la mujer que venía por la senda fuese de alta y majestuosa estatura, lo cual debió haberle demostrado a mi madre que yo había procurado hacer salir la procesión sin ella. Pero no era así.

—¿De qué te ríes ahora?—decía severamente mi hermana.—¿No has oído que era una alta, imponente mujer?

—Es la primera vez que oigo llamarla así, replica mi madre.

—Pero así es.

—Anda a creerlo...

—El libro lo dice.

—Ya hallaremos otras cosas raras en el libro. ¿Como vestía? No había descrito su ropa.

—Eso no está bien—decía mi madre.—Al encontrarme con una mujer en un libro, lo primero que quiero saber es si es hermosa, y en seguida cómo está vestida.

—La mujer del libro tenía diez y ocho años de edad y una notable belleza.

—Quedas descontentada, decía mi hermana a mi madre.

—Yo no era una belleza a los diez y ocho.—Pero aquí mi padre interviene inesperadamente.

—A los diez y ocho, no había quien se te igualara en esta parte del país, dice con convencimiento.

—¡Bah! dice mi madre, sin ocultar su satisfacción.

—¿Eras feúcha entonces?—se le pregunta.

—¡Cómo!—replica con viveza,—muy lejos de eso.

—¡Chit!

Podría ocurrir que en este capítulo o en el siguiente esta dama apareciera en coche.

—Les aseguro que vamos ganando en rango—murmuraba mi madre, pero yo seguía apresurado sin levantar la cabeza. La dama vive en una casa donde hay lacayos... pero los lacayos se han presentado demasiado bruscamente.

—Esto pasa la medida, dice mi madre con tamaños ojos, y tan pronto como puede dominar la risa me grita:

—Lacayo, pásame un vaso de agua. Y esto la hace soltarse de nuevo a reír.

Con frecuencia la lectura tenía que ser interrumpida de golpe, pues la risa le provocaba accesos violentos de tos.

A veces le leía a mi hermana sola, y ella me aseguraba que no veía a mi madre entre las mujeres del libro. Pero no era nada más que por seguirme el humor. Un momento después escapaba escalera arriba a anunciar triunfalmente:

—Ahí te tenemos otra vez.

O a altas horas de la noche solía hacer mi confidente de mi padre, y al terminar de leer él me decía meditativo:

—La muchacha resulta muy natural. Algunos de los rasgos que tú dices que tenía... tu madre los tenía igualmente. ¿Te has puesto a considerar alguna vez la extraordinaria mujer que es tu madre?

No me quedaba entonces más que recurrir a mi madre para consolarme. Ella era la más empeñada en hacerlo, en razón de su certeza de que al descubrirse, o sea si los lectores llegaban a percatarse de la frecuencia y de los diversos disfraces con que ella aparecía en mis libros, el asunto produciría un escándalo público.

—Ya vez que Josefa no es como tú realmente, decíale yo vacilante.

—Oh, no; un tipo de mujer completamente distinto, afirmaba ella. Y luego echaba a perder el elogio con esta ingenua observación: Ella no tiene más que dos habitaciones y yo tengo seis en mi casa.

Yo suspiro.

—Sin contar la despensa, y es una gran despensa, añade en voz baja.

No era ésta la única diferencia de que yo podía enorgullecerme,

y la franqueza me obliga a confesar:

—Si nos limitamos a eso, hubo un tiempo en que tú misma no tenías más que dos cuartos...

—Hace muchos años de eso—me interrumpe.—Comencé con un departamento en el piso alto, pero siempre tenía la idea—nunca lo decía—de tomar los bajos igualmente. Bueno y los he tenido por todos estos años, desde no sé cuándo.

—Bien, pero no puede negarse que Josefa tenía la misma ambición.

—Así será, pero toda su vida tuvo que contentarse con sus dos piezas. ¿Es ese mi caso?

—No, pero ella quería...

—Ella lo quería, yo también quería, pero yo lo conseguí y ella no. Esa es la diferencia entre ella y yo.

—Si ésa es toda la diferencia, es poco lo que puedo abonarme en mi favor con haberla creado.

Mi madre comprende que necesita consuelo.

—Esa no es ni por pienso toda la diferencia,—dice con energía.—Ahí tienes mi traje de seda. Por más que yo misma lo diga, no hay mejor seda en todo el valle de Strathmore. ¿Tiene Josefa una seda cualquiera... para no hablar de una seda como ésta?

—Ciertamente que no, pero ¿te acuerdas de cómo consiguió aquella capa con cuentas?

—A unos cuantos centavos la yarda. Psh. ¿Qué era eso para envanecerse de ello? No olvides que cada yarda de mi seda costó...

—Madre, esa es exactamente la manera como Josefa se expresa sobre su capa.

Ella deja pasar esto, acaso sin oírlo, pues su interés por su traje de seda la ha llevado de prisa al ropero donde está colgado.

—Mucho me temo que esto se parezca demasiado a Josefa, madre...

—¿En qué puede parecerse, cuando ella ni siquiera tenía ropero? Déjame que te diga una cosa: si realmente hubiera existido una Josefa y me hubiera venido a fantasear sobre su capa, yo le hubiera dicho como quien no quiere la cosa:

—Llégate hasta mi dormitorio, Josefa, que quiero mostrarte algo que tengo colgado en mi ropero. Eso le habría enseñado a ser más modesta.

—No creo que hubieras hecho tal cosa, madre.

A todo esto su expresión se dulcificaba.—No, decía pensativa, no lo hubiera hecho.

—¿Qué habrías hecho? Creo que puedo decirlo.

—Tú no podrías. Pero se me ocurre que hubiese tenido presente que ella no era más que una criatura caída en la miseria, achaco-

sa y terriblemente orgullosa de su capa, y todo lo que hubiera dicho sería que era una cosa preciosa y que toda mi ambición sería tener una capa como ésa.

—Sí, estoy cierto que eso es lo que hubieras hecho. Pero, madre, así exactamente se hubiera portado Josefa si una mujer más pobre que ella le hubiese mostrado su chal nuevo.

—Puede que sí, pero aún cuando yo no hubiera sacado a relucir mi capa, mucho me hubiese gustado hacerlo.

—Igual que Josefa: hubiera estado que le comían los dedos por airear su prenda de unos cuantos centavos la yarda!

Lo más prudente es pasar a otro libro, no al primero de todos, que por ser tal tiene, es claro, algo de mi madre; ni al segundo, que por ser mi primera novela no se ganó mucha estimación ni siquiera en el seno de la familia. (Y, sin embargo, los pequeños rasgos de mi madre que hay en ella no están mal que digamos) Veamos *The Little Minister*.

La primera observación de mi madre es francamente una ducha fría:

—Muchas veces cuando niña jugué en los alrededores de la casa parroquial, pero jamás imaginé que andando el tiempo llegaría a ser la dueña de casa.

—Pero si Margarita no eres tú —No...no, oh, no. Su vida fué muy diversa de la mía. Jamás dejo sospechar a nadie que ella soy yo misma.

—Mi propósito no fué ese cuando comencé la novela. ¡Qué gracia tienes, madre, para deslizarte en cuanto escribo!

—Debes estar más vigilante en lo que haces.

—Quizá si hubiese puesto otro nombre a Margarita...

—La habrías desenmascarado lo mismo. Tan pronto como oí que ella era madre, comencé a reírme. En ciertas cosas, sin embargo, no se me parece mucho. Le tomó mucho tiempo en descubrir a Babbie; estoy segura que yo hubiera andado más pronta.

—No olvides que Babbie se iba pegada a la pared.

—La pared no hubiera sido ciertamente lo que la hubiera ocultado de mí.

—Sólo salía a oscuras.

—Es posible que me hubiera hallado a mí buscándola con una vela.

—Y Gavin era muy reservado

—Eso hubiera picado mi amor propio.

—Ella nunca sospechó nada.

—Me extraña en una mujer.

—Pero mi próxima heroína será una niña. ¿Qué tiene la señora que decir de eso?

¡Una niña! Ciertamente hasta eso tiene sus peros para ella.

—¡Esto es el colmo!—son sus palabras.

—Oye, madre, oye: ya sé qué estás figurándote, pero te aseguro que esta vez...

—Por supuesto—dice para consolarme,—no seré yo esta vez,—Pero enseguida su sospecha se denuncia en esta descuidada observación:

—Me parece que te has metido en una buena...hace tanto tiempo que dejé de ser niña.

Estas confidencias nos acercaron más todavía.

—Es muy curioso—solía decir con un suspiro—que casi todo lo que escribes es acerca de este pedacito de tierra. Ni te lo soñabas cuando comenzaste a escribir. Bien recuerdo el tiempo cuando no habría pasado por tu cabeza ni menos por la mía la idea de que pudieras escribir una página si-

quiera sobre nuestro poblacho y sus callejuelas. No acierto en que haya provenido el cambio.

Hubo un tiempo en que no habría podido contestar a esa pregunta, pero ahora ya es otra cosa:

—Supongo, madre, que ha sido porque tú has pasado la mayor parte de tu vida en tu pueblo, y jamás tuve gran interés en escribir sobre gentes que no te hubiesen conocido, ni de plazas o calles que tú no hubieses cruzado, ni de campos que nunca atravesaste llevando la comida a tu padre. Casi no hay una sola casa en mis libros donde no me haya imaginado verte una y mil veces arrimada al fuego o dando cuerda al reloj.

—¡Y con todo, te veías en tales apuros porque no conocías a nadie que te sirviera de modelo para tus tipos de mujer. ¿Te acuerdas, de lo mucho que nos reímos de la ocurrencia de que tuvieras que sacarlos de mí?

—Lo recuerdo.

Y ahora has retrocedido hasta los tiempos de mi padre. Van pasados más de sesenta años desde que le llevaba su comida en un tiesto a través de los parques de Kinnordy.

—Con frecuencia voy yo, madre, a los parques de Kinnordy, y me siento sobre la tranquera hasta que me imagino ver venir entre los árboles una niña que viene hacia mí con un tiesto en la mano.

—Saltando las pozas (me gustaba tanto en aquel tiempo lucir mi agilidad) y haciendo girar el brazo con tanta rapidez que la comida no tenía tiempo de derramarse. Acostumbraba llevar un abrigo magenta y un delantal blanco. ¿Te lo había dicho alguna vez?

Madre, la niña de mi cuento lleva un abrigo magenta y un delantal blanco.

—Hasta de eso te acordabas. Pero me figuro que no fué una niña con delantal lo que viste en los parques de Kinnordy, sino una vieja de remate.

—Era una mozoleta de delantal, madre, vista a la distancia; pero al acercarse era una mujer vieja de remate.

—¡Y fea de buena gana!

—La más hermosa que me sea posible ver.

—Me extraña oírte decir eso. Mira mi vieja cara arrugada.

—Es para mí la más bella del mundo.

—Mira cómo se caen los anillos de mis dedos resecos.

—Siempre habrá alguien bien cerca para volver a ponértelos.

—¡Qué no ha de haber! ¡Cómo si no lo supiera! ¿Te acuerdas de cuando eras pequeñito y acostumbrabas decirme: «Deja que sea hombre, y no volverás a tener que quejarte otra vez?»

#### QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELECTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

#### FABRICA

##### CERVEZAS

Estrella, Langer, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla

##### REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naran-

jada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera

##### SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSE — COSTA RICA**

Me acordaba.

—Una vez viniste corriendo adentro a decirme: «Una señora muy tiesa va por la Marywellbrae de Marvwell, luciendo una capa que es negra por un lado y blanca por el otro; espera que yo sea hombre, tendrás una igualita». Y cuando me veías tenderme en mis viejos colchones, decías: Deja que sea hombre y dormirás sobre plumas. Jamás veías nada bonito, jamás oíste que algo se me hubiera antojado tener, sin que levantara la cabeza y gritaras: ¡Espera que yo sea hombre! Por poco me avergonzabas delante de los vecinos, por más que al mismo tiempo me sintiera orgullosa. Y ahora todo se ha realizado como en un sueño, No tengo una sola cosa que recordar de las que ambicionaba en los años que estaba en toda mi fuerza, que no haya sido puesta en mi mano en mi vejez; aquí me siento sin hacer

nada, en medio de todos mis deseos cumplidos, y a veces casi me siento aterrorizada, pues es como si Dios me hubiera confundido con otra mujer.

—Y si yo le decía?

—¡Tus deseos y ambiciones eran tan sencillos!

—No eran tan sencillos replicaba ella ruborizándose.

Me cuesta dejar de mano esos felices tiempos, pero hay que encarar el desenlace, y a medida que escribo me parece ver a mi madre más y más encogidita y su semblante más pensativo. Pero ella seguía entre nosotros, como si Dios hubiera dicho: «Hija mía, ya es tiempo, no temas» y aun cuando ella no tenía miedo, seguía retardando el paso, y Dios esperaba sonriendo.

Nada de mi último libro alcancé a leerle; cuando lo terminé, ya estaba con su cabeza demasiado abru-

mada por el peso de los años para que pudiera darse cuenta del asunto. Para mí esto era como echar mi libro en frío al mundo, sin el calor de una caricia (al igual que todo lo que escriba más tarde) y mi hermana, que vivía pensando en los demás y menos en sí misma que ninguna otra criatura que yo haya conocido, se dió cuenta de eso y por medio de recursos que un hombre no sabría adivinar, consiguió que mi madre fuera por una vez todavía la mujer que había sido. Un día, no más de tres semanas antes de su muerte, mi padre y yo fuimos llamados a su habitación con gran sigilo. Mi madre estaba muy erguida, como a ella le gustaba, en su sillón junto a la ventana, con un manuscrito en la mano. Pero su mirada vagaba sin revelar mucha comprensión de lo que hacía:

—Nada más que para darle gus-

to a él, le dijo mi hermana. Y mi madre comenzó a leer con una voz temblona. Miré a mi hermana. Lágrimas de desconsuelo le rodaban por la cara. Pronto la lectura se hizo ininteligible y se interrumpió.

—Algo tenías que decirle, le recordó mi hermana.

—¡Buena suerte!—dijo una voz como de ultratumba.—¡Buena suerte!

Luego la vieja sonrisa familiar pasó por su semblante como un resplandor, y me dijo:

—Estoy demasiado acabada para leer, pero se me ocurre que también estoy en este libro.

—Mi padre le puso su Nuevo Testamento en la mano y quedó abierto—como siempre ocurre—en el capítulo catorce de Juan. Ella hizo un esfuerzo para leer, pero no pudo conseguirlo. De pronto se inclinó y besó la ancha página.

—¿Bastará con eso?—preguntó.

## Responso al Capitán Bird

*Dejando el picacho que guarda sus nidos,  
Tendiendo las alas enormes al viento,  
Los cóndores llegan, ¡Llegó la victoria!*

Rubén Darío

**C**APITÁN Bird: ya reposas, para siempre, en tu suelo nativo. Te rindieron honores militares, se puso un crespón en tu bandera de estrellas y barras, resonaron las descargas de la fusilería como un adiós belicóso. Y los pinos de la necrópolis musitaban su salmodia con el viento que pasa, como monjes anémicos que rezan...

Ofrendaste tu vida en plena juventud, creyendo enaltecer la nación gloriosa cuna de bravos y hogar de libres.

Junto a los valientes que duermen en Arlington, tu dormirás también.

¡Pobre Capitán Bird, sacrificado por los agiotistas de Wall Street!

Requiescat in pace!

\*\*\*

Una mañana luminosa de estos días precursores de la primavera, el capitán aviador levantó su vuelo sobre las selvas de Nicaragua. Iba con sus bombas mortíferas a perseguir los rebeldes de Sandino. El cielo era claro; la atmósfera limpia. Pero abajo rugía colérica la selva...

Junto al caudillo que mantiene la dignidad de un pueblo, el grupo de héroes locos acechaba el avión.

Hace poco tiempo había volado otro joven rubio, de mirada ingenua, plácido y sonriente, que pedía confraternidad; y esos guerreros suicidas lo saludaron con cierta simpatía y con cierto escepticismo.

—Debe ser un soñador como nosotros;— acaso se dijeron—pero a él le esperan los aplausos y a nosotros, la muerte.

Esta vez quien volaba iba en son de lucha y exterminio; usurpador de una tierra lejana, complacía la codicia de los plutócratas con agravio de la honra de unos hombres enteros que han jurado defender su patria de la voracidad extranjera y de la sumisión despreciable de los suyos.

Y ocurrió algo insólito.

Un ave enorme, resuelta y fiera, como sorprendida de aquella violación de sus dominios, se lanzó iracunda contra el aparato y al chocar entre las aspas de la hélice, las quebró... En una intrincada

Acabamos de recibir:

*Los mejores poetas de Costa Rica*

por Eduardo de Ory

Librería FERNANDO FE. Madrid

A € 3-50 el ejemplar

Se envía por correo, libre de gastos.

**DR. HERDOCIA**  
Enfermedades de los ojos,  
oidos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

vereda del monte, hubo de aparecer destrozado el avión intruso, muerto su guía y poco más distante el pájaro vengador, abiertas las alas teñidas de rojo por su sangre, y el pico hincado sobre su propio pecho, a manera de un símbolo enigmático.

Rara casualidad, oculto misterio, justiciera lección del destino, nadie sabe: el pájaro nicaragüense derrotó al Capitán Bird. Y esto debe preocupar a los cabalistas.

\*\*\*

Ya no es una quimera de la fantasía la imagen de los cóndores irritados deteniendo el paso al Gigante.

Suelen las aves de las alturas defender mejor su libertad que los hombres postados al oro del fuerte.

No se han hecho alas para los esclavos...ni tampoco para esclavizar pueblos.

Cuando se asciende en la vida o en la Naturaleza, la ascensión se deshonra si no es para bendecir o dignificar.

\*\*\*

Capitán Bird: ya reposas, para siempre, en tu suelo nativo. Se tronchó tu juventud en los albores y el día de triunfo, con que deliraste, no llegó para ti. Quisiste, seguramente, rendir tu existencia al servicio de una bella causa; nunca oprimiendo débiles, ni exterminando patriotas; y el seco deber militar te llevó a los montes de Centro América, para que los banqueros de New York esquilmen con sus empréstitos una república indefensa. El puñado de ilusos que pelea con los invictos soldados de tu patria sigue enamorado de la muerte.

Y las aves del cielo no permiten que se lastime el decoro de sus picachos...

Oremus!

Antonio Iraizoz

Habana, marzo 19 de 1925.

El otorgamiento del premio Nóbel de Literatura al filósofo Bergson habrá sorprendido a algunos, no por la persona del agraciado, sino por la naturaleza de su obra. Bergson es una de las más eminentes figuras del mundo intelectual contemporáneo; pero la filosofía ¿es literatura? ¿Se puede considerar que una obra o una serie de obras de filosofía sean las más indicadas para un premio destinado especialmente a la literatura?

Es de advertir o de recordar que M. Bergson es un excelente hablante; que maneja la lengua francesa, no sólo con propiedad y elegancia, sino con colorido, al hablar de las más abstrusas materias de la especulación metafísica. Bergson se precia de haber hecho hablar a la filosofía el lenguaje de los hombres, en vez de una jerga escolástica, y ha dicho alguna vez en sus conferencias, que son un modelo de exposición fluida y atractiva, que se puede y se debe hablar de la filosofía como de cualquier otro asunto, sin necesidad de valerse de un lenguaje hermético. Y no falta quien piense que en Bergson los valores de la expresión son más subidos que los fundamentalmente filosóficos. Alfred Fouillée le llamaba el anti-Platón.

\* \* \*

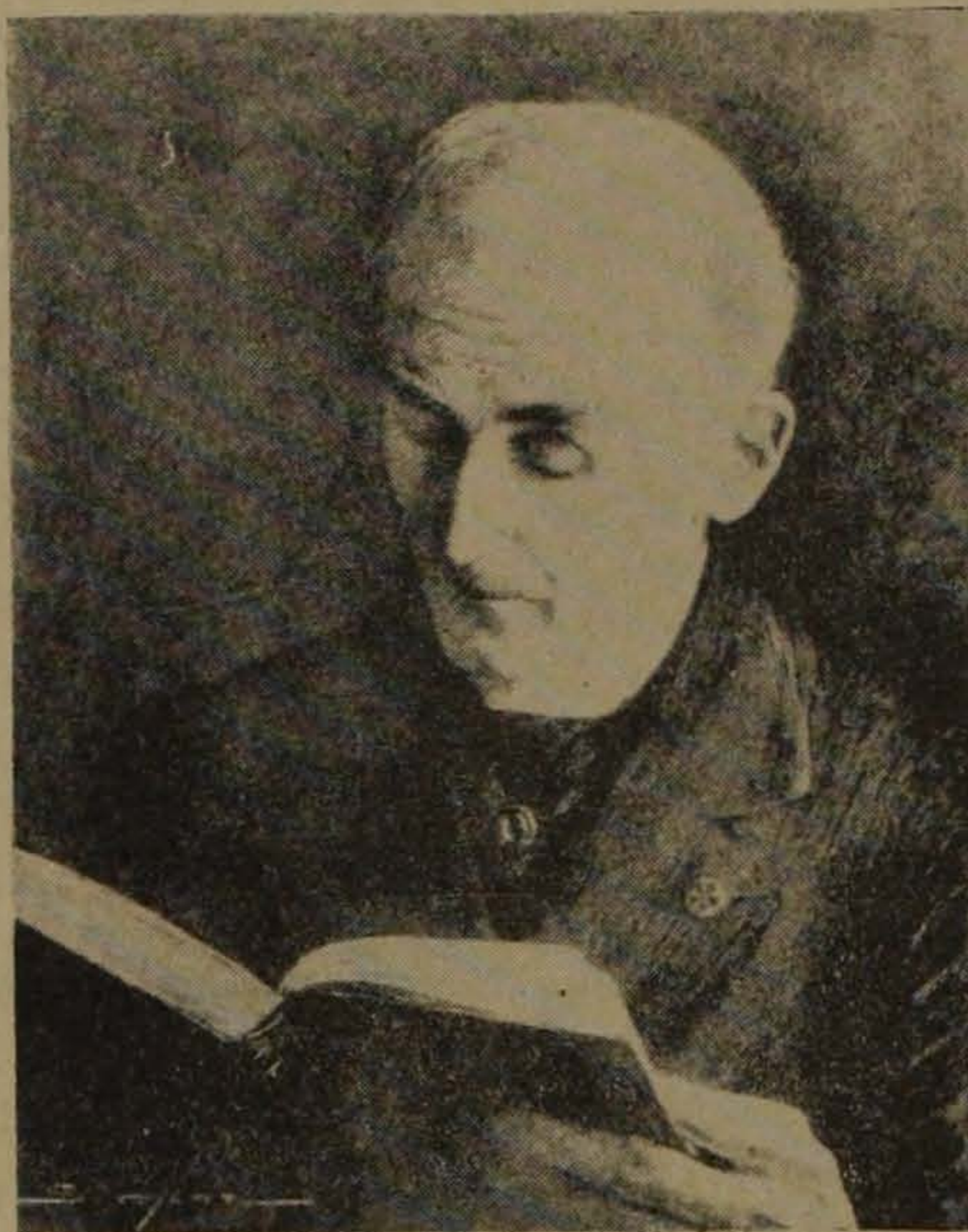
La literatura, en el sentido etimológico y en su acepción más amplia, comprende todas las obras del lenguaje y de la escritura, todo lo perteneciente a la *letra*. En este concepto, la filosofía es también literatura.

Todo el que tenga alguna noción de la historia de la filosofía sabe que ha habido filósofos que han escrito obras de indiscutible belleza literaria. Platón es uno de los grandes escritores de la Grecia, y en sus diálogos la meditación irradia emoción poética. El mito de la caverna, el mito del andrógino, los coloquios del *Banquete*, están empapados de una grave y penetrante poesía. El discurso del Método, de Descartes, tiene otro género de belleza, escultórica, regular y lógica; pero es sin duda un modelo literario de prosa. Schopenhauer es un gran escritor, no sólo en la parte más popular de su filosofía, como los *Aforismos*, sino en *El mundo como voluntad y como representación*, en que hay pasajes de belleza y elevación platónicas. Nietzsche tiene tanto de poeta como de pensador. En él la poesía y la metafísica se funden así en los aciertos como en las flaquezas.

Es más: se puede decir que desde Nietzsche la filosofía se va convirtiendo en literatura. La seducción de la forma nietzscheana ha hecho escuela, coincidiendo con el ocaso de los grandes sistemas, la disgregación del pensamiento, las infidelidades a la razón y toda esa parasitaria vegetación intuicionista, antirracionalista, pseudo mística o de una mística degenerada, de la que el propio M. Bergson ha sido uno de los más expertos jardineros.

## Bergson y su premio

= De La Voz, Madrid =



Henri Bergson

Así como los escolásticos filosofaban con conceptos, hay ahora no pocos filósofos que filosofan con metáforas. Se ha creado una nueva especie de pompas de jabón. A veces, leyendo un libro de filosofía advertimos que su fuerza no está en el razonamiento, sino en la retórica, en una retórica que saca a pasear algunas ideas mínimas, pero muy escaroladas y compuestas, como los niños que van muy rizaditos en las procesiones, haciendo de San Juan, con un borrego blanco con lazos.

\* \* \*

Dados estos antecedentes, y hasta el aludido matiz de actualidad, no se puede tachar de incongruente el fallo de la Academia de Estocolmo. Hasta algún malicioso podría pensar que había una fina ironía en otorgar el premio de Literatura a la filosofía de Bergson si a una corporación tan grave como la Academia Sueca fuera lícito atribuirle el uso de la *eironeia* en el ejercicio de sus funciones de Jurado literario.

Mas lo que se entiende generalmente por literatura no es eso. El concepto vulgar de la literatura coincide con su sentido estricto o específico. Se consideran como propiamente literarias las obras de la creación poética. Literatura y poesía se identifican si, sacando a la poesía de la sala musical del verso, la entendemos en un sentido amplio como aquella de las Bellas Artes que engendra imágenes estéticas, hijas de la palabra y de la fantasía. En la filosofía, y en cualquier género de didáctica, el instrumento es la inteligencia, y el fin perseguido, la verdad. En la literatura propiamente dicha, poética, creadora, el útil, que es en este caso la varita mágica del

hada, es la imaginación, y el fin, la emoción de la belleza.

En el poeta lírico y épico, en el dramaturgo, en el novelista, la literatura, la cualidad literaria es lo principal. En el filósofo, en el didáctico, en el historiador mismo, la literatura es una excelencia incidental. Se puede ser gran filósofo, sabio profundo en cualquiera de las disciplinas de la ciencia, historiador eminente, con una mediocre literatura que salve las necesidades de la expresión. La literatura propiamente dicha es en gran parte una mitología estética o poética. Parodia la obra de Jehová e imita la de Pigmalión creando su mundo fantástico, aunque en la lírica los sentimientos anden flotando sin cuerpos.

\* \* \*

El ingeniero Nóbel, al instituir su premio de Literatura, entre los varios de la Fundación, y no sólo de literatura, sino por añadidura idealista, pensaría probablemente en un tomo de versos como los de Sully Prudhomme; en un drama romántico o en una novela conmovedora, mejor que en la monumental y erudita *Historia de Roma*, de Mommsen, o en el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, de

Bergson; pero el hombre propone y Dios dispone, por conducto de los albaceas y fideicomisarios, hasta en las fundaciones de literatura.

¿Quién duda que Gorki, candidato también al premio, es más literato que Bergson? La misma academia sueca no vacilaría si se le planteara la cuestión con independencia del premio. Pero Gorki es ruso, y aunque no sea un bolchevique feroz, sino uno de los que han sentido íntimamente el desencanto de la revolución sin volverle la espalda, basta eso para que le cierre el paso el cordón sanitario puesto al rededor de esa Rusia roja, que es la bestia apocalíptica de la burguesía del mundo. Probablemente esta circunstancia ha contribuido a que monsieur Bergson alcance el honor de ser un filósofo laureado en literatura.

Andrenio

### Se honra al filósofo Bergson

HAY en *El Symposium* de Platon, un admirable pasaje en que Alcibiades, coronado de flores, seguido por un grupo de jóvenes medio ebrios, aparece de pronto en la sala en fiesta y, en presencia de Sócrates, su maestro, hace un magnífico elogio del gran filósofo, construido sobre verdad y fantasía. Hablando del profundo efecto que las conversaciones de Sócrates tenían sobre su vida, dijo: «Cuando lo escucho mi corazón se agita más que el del coribante».

Un efecto similar produjo Bergson sobre sus discípulos, entre los cuales me contaba yo. Hace de esto más de treinta años. Sin embargo, recuerdo con absoluta claridad el aula del viejo Lycée Henry IV,

(Pasa a la página 90)

*Hamlet.*—There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy.

Shakespeare

Esto lo contó una anciana con su voz ronqueta y temblorosa.

Era una viejuquita suave que sujetaba sus ralos mechones blancos con un cintillo negro y que cubría los hombros con un pesado pañuelo de seda blanca y oloroso a raíz de violeta.

Lo relató mientras arrollaba cigarrillos en papel amarillo con sus manos sarmen-tosas y torpes. De un azafatito de metal cogía el tabaco picado, curado con aguardiente, miel, cáscaras de lima y hojas de higo.

—¿Que si me han espantado alguna vez?—respondió.—No, espantarme no. ¡Qué va a ser! Muy lejos estuvo aquello de espantarme.

Y la voz de la anciana se puso a temblar con el encanto con que tiembla el reflejo de una estrella en una onda tranquila.

Hacía tiempos que aquel recuerdo dormía, pero pocos días antes un cierto hecho lo hizo despertar y subir a flor de memoria. Fue mientras derribaban la vieja casona: un fabricante de instrumentos de cuerda vino a comprarle unos marcos de ventana, casi seculares, para aprovechar en cajas de violín la madera seca y sonora. Le mostraba ella misma dos gruesos tabloncillos que yacían cerca del brocal del pozo, cuando un peón al abrir una zanja puso al descubierto un pedrejón cuya forma era la de un triángulo curvilíneo irregular.

Al punto en la memoria de la anciana aquel recuerdo comenzó a abrirse paso como lo haría, desde la profundidad de una cueva, el hilo de humo que subiera del montón de hojas secas en donde una chispa hubiese prendido su lengüecilla voraz.

Al removerse la piedra se vió que cubría la boca de un hoyo profundo, en el fondo del cual, sobre un lecho de pulidas guijas, estaba todo aquello que la anciana recogiera y guardara en el arconcito de madera de perfumado cedro que ahora nos tendía, mientras en su boca desdentada y marchita brillaba una sonrisa.

En la pequeña arca había un mundo de cosas inocentes: animalitos modelados en arcilla con mucho primor, caracoles, conchas, frijolititos rojos de poró, unos trompos diminutos que no eran otra cosa

que la semilla apuyonada de quien sabe qué fruto, pedacillos de vidrio de colores, palitos, etc.

Y hé aquí la fuente de este recuerdo y lo que significaban todos aquellos objetos sin valor:

Cuando quedó huérfana en edad muy temprana, la tomaron a su cuidado unos tíos: el padre José, un sacerdote más loco que bueno y Teresa, una solterona mística, silenciosa, que jamás aventuraba ni la punta de la nariz fuera de sus dominios. Tampoco permitían a la niña traspasar hacia la calle el umbral de la casa. La pobre criatura pasaba el tiempo vagando por la casona llena de muebles inmensos y negros, durante la época de las lluvias y recorriendo el vasto solar sombreado por grandes árboles en el verano. A veces pasaba días enteros encaramada en las ramas de un mango corpulento.

¡Cómo se aburrían aquellos seis años en ese ambiente gris y silencioso y entre los dos loquinos!

Ahora no sabía la viejuquita si se trataba de un sueño o de una realidad. ¡Qué maraña se había hecho en su cabeza con los hilos del ensueño y los de la realidad! No sabía en dónde empezaba el uno y terminaba la otra... ¡Cuán pare-

cidos eran! El caso fue que en una ocasión le pareció oír que su madre contaba a alguien, cómo, bajo el pedrejón cerca del pozo, estaba enterrado un hijito suyo, mayor que Antonia (Antonia es la viejecita que nos narraba su aventura); el chiquito murió al nacer; sólo alcanzó las aguas del bautizo. Lo llamaron Baltasar, el nombre de uno de los Reyes Magos, porque nació el día de la Epifanía.

Una vez, la niña quiso escurrirse por un vano de la espinosa cerca de tuna, a jugar con unos chiquillos de la vecindad, pero la sorprendió la tía Teresa y se la llevó de una oreja para la casa. La chiquilla se sentó a llorar bajo el cobertizo que protegía el pozo, con la cabeza apoyada en la piedra bajo la que, según contara su madre, estaba enterrado su hermanito Baltasar.

¡Si ella tuviese alguien con quien jugar! ¡Si Baltasar viniera a jugar con ella!

Y quiso en vano remover el pedrejón. ¡Pero era tan grande...!

Acercó entonces la frente al intersticio que quedaba entre la piedra y el suelo y comenzó a llamar:

—¡Baltasar! ¡Baltasar! ¡Her-manito!

¿Qué haría el niño bajo la piedra? Seguro estaría durmiendo... ¡Si saliera!...

—¡Baltasar! ¡Baltasar!  
Si saliera, le enseñaría el nido de ardilla que estaba en el palo de mango!

—¡Baltasar! ¡Baltasar!—seguía llamando desesperada, con la voz empapada en lágrimas.

El llanto había dejado unas manchitas negras en el polvo.

De muy hondo, de muy hondo o de muy lejos, de muy lejos vino una voz pequeñita, fresca, frágil, ondulante como una hebra de lluvia enredada entre el ramaje:

—Ya voy! Ya voy, oy, oy...

La brisa pasó sobre los árboles y dejó inquietas las ramas más altas.

La niña miró asombrada en torno suyo.

De pronto sintió que unos deditos acariciaban la mano que tenía apoyada en el suelo.

De debajo de la piedra salía una manecita infantil, blanca, con unos hoyuelos muy monos en el dorso y unas uñas sonrosadas, tiernas. Parecía una estrella o un ramito de verbenas nacaradas.

Con mucho mimo dejó en una de las manos de Antonia un puñado de rojos frijolititos de poró, con los cuales se pusieron a jugar de no sé qué cosas.

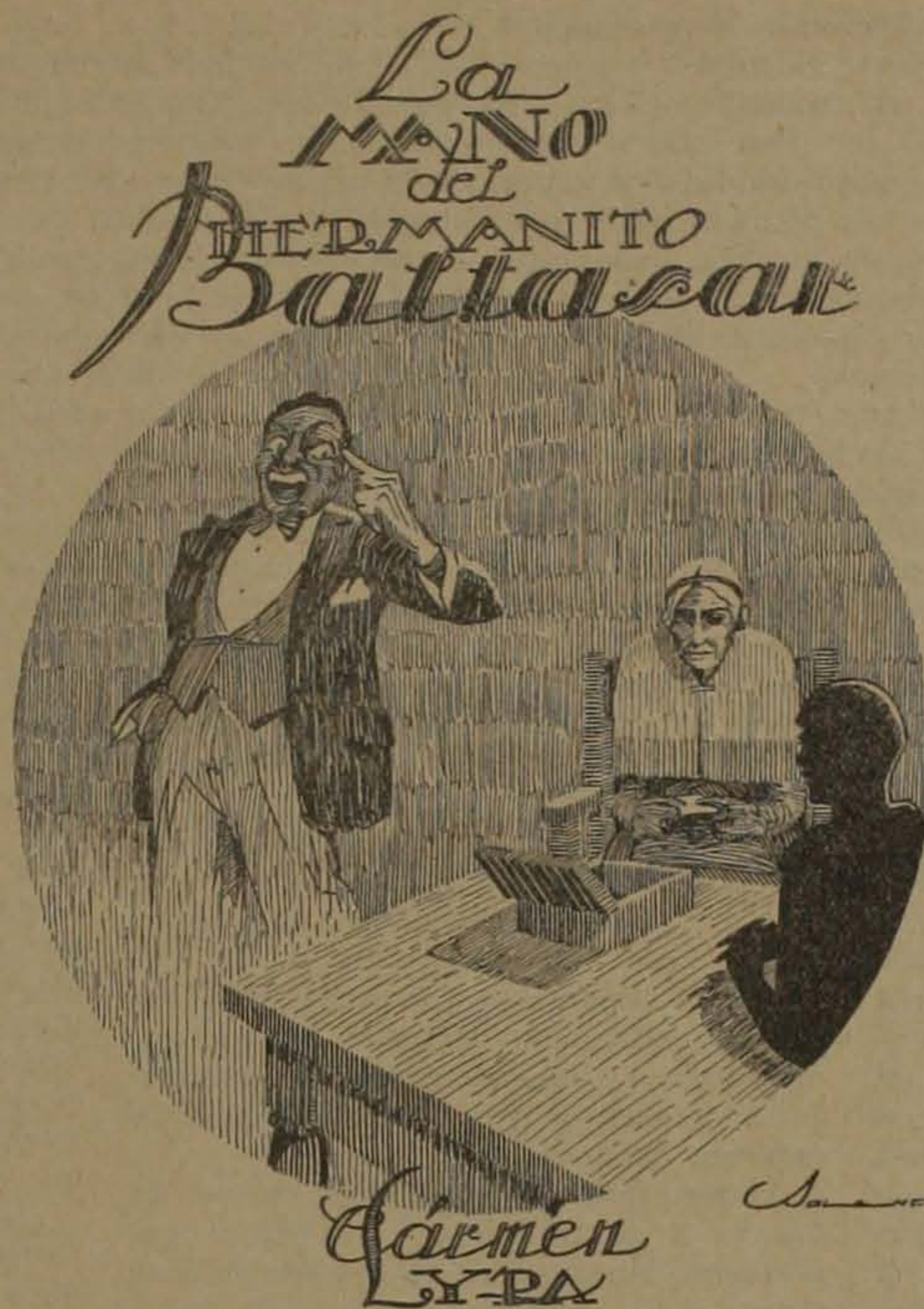
Parece que al anochecer la tía Teresa encontró la muchachita dormida, la cabeza sobre la piedra, el rostro plácido mojado en llanto.

Parece también, que desde aquel día, el aburrimiento no volvió a abrumar la cabeza de la niña. Se la veía sentada, las horas muertas, cerca de la piedra, entretenida en hacer volar las arañitas de globillos de diente de león; o bien alineando o disponiendo en diferentes formas, rojos frijolititos de poró, conchas, caracoles, trozos de vidrio de colores, vellones de musgo fresco, animalillos muy bien modelados en barro de olla; ya jugando con unos trompos chiquirritillos que no eran otra cosa que el hueso de cierta fruta; ya acomodando y desacomodando la ropita de la Virgen—las semillas primorosas de la petaquilla,—esa enredadera tan común en nuestros climas cálidos.

En la mañana apenas se levantaba iba a llamar pasito por el intersticio entre la piedra y el suelo:

—Baltasar, aquí estoy.

A poco rato iba asomando con sus preciosos dones la manecita regordeta y tan fresca que daban ganas de comérsela a besos. Ayudaba a la niña a hacer con palitos, las cercas más graciosas que es posible



imaginar, para encerrar gallinas, patos y vacas de arcilla; a poner portales con el musgo húmedo y perfumado que parecía acabado de coger de la montaña; a disponer en dibujos armoniosos los pedazos de vidrios de colores, los frijolillos, caracoles, etc. ¡Y con cuanta habilidad hacía bailar los trompos!

Las horas de almuerzo y comida se le hacían eternas y apenas sus tíos descuidaban los bocados para volver a sus musarañas, la chacanlincilla se escabullía en busca de la pequeña amiga que vivía bajo el pedrejón del pozo. Y cuando

a la oración la llamaban para ir a rezar el rosario y a acostarse, la manecita recogía los tesoros, los guardaba en quién sabe qué profundidades y por último se ponía a hacer cosquillas en la cara de la niña o a enmarañarle el cabello cuando ella acostaba la cabeza en el suelo.

—Hasta mañana, Baltasar, que Dios te dé buena noche...

—Hasta mañana...aaaaa...

Pasaba el viento; el silencio se ponía a murmurar en los árboles y la noche comenzaba a tejer entre el follaje del mango, en el cual ya no se sentía removerse la ardilla.

El yerno de la señora entró cuando ella terminaba de narrarnos su maravillosa aventura y nos mostraba el contenido de la arquita.

Se echó a reír con risa torpe que le puso a temblar cachetes y barriga, y a espaldas de la señora se tocó la frente con gesto burlón como advirtiéndonos que no le hiciéramos caso, porque se trataba de una razón que andaba patas arriba.

La viejuca seguía pasando sobre aquellas pobres cosas sin valor su inocente sonrisa que era para mí como una lamparita de aceite encendida para

sacarlas de la oscuridad y poner de manifiesto ante nuestros ojos el misterioso encanto que encerraban.

El yerno se puso a pasear a lo largo de la sala, mirando la escena con burla compasiva. ¿Cómo podía alguien prestar atención a semejantes boberías? A él, en cambio, le faltaba tiempo para resolver los trascendentales asuntos que el país había puesto en sus manos.

Como era secretario de estado se creía un personaje muy importante, muy importante.

(Inédito. De *Las fantasías de Juan Silvestre*).

## Se honra al filósofo Bergson

(Viene de la página 88)

en el centro del Barrio Latino, cerca del Panthéon, la Bibliothéque Ste. Etienne du Mont. Había en la clase cerca de sesenta jóvenes, entre 18 y 20 años en su mayoría, dedicados a hacerse maestros, quienes se preparaban para la Ecole Normale Supérieure. Fué allí en donde por primera vez oí la voz de M. Bergson.

Antes de entrar a la pequeña aula había ruido y zumbidos como en una colmena. Pero no bien la silueta delgada de Bergson había aparecido en el umbral, cuando todo el estruendo se detenía como por milagro. Sobrevenía un silencio religioso. Bergson, joven por entonces, pues no tenía más allá de treinta años, avanzaba rápidamente hacia la plataforma y comenzaba a hablar.

Su cara era delicada, algo delgada, como si su fuerza interior, el fuego de su mente, existieran a despecho de su contextura corporal; su frente era muy ancha. Lo que en su fisonomía sobresalía especialmente eran sus ojos, fijos, con una intensidad notable, y una penetración vigorosa, como mirando hacia el interior en contemplación subjetiva. Su voz, delicada y débil como su cuerpo, pero se caracterizaba por tal claridad y precisión que ni una palabra se perdía. Su dicción era lenta, uniforme, obedeciendo perfectamente a su pensamiento; había tal perfección de forma, limpidez de estilo, que las frases más cortas eran forjadas con idéntico cuidado y exactitud, con la misma pureza que si hubieran sido escritas por adelantado. Es difícil dar una idea de la admiración y entusiasmo que la enseñanza de Bergson despertó en todos nosotros.

La notable originalidad de su pensamiento filosófico (todo lo que en su doctrina era novedad, sutileza y admiración, iba unido a una facilidad de expresión) aparecía en una forma de originalidad tan agradable, que daba a sus pláticas un elemento de encanto.

Aquellos de nosotros que lo oímos, que leímos sus primeros libros en las postrimerías del último siglo, fuimos tocados de su influencia en un grado inimaginable. Deseosos de que otros participaran de nuestra admiración, comen-

zamos a esparcir su doctrina. En ese tiempo la fama de Bergson estaba confinada a un pequeño grupo de admiradores, y para el gran público era enteramente desconocido.

Al terminar mis exámenes, en vez de seguir el profesorado, opté por el periodismo. No obstante, todas las semanas asistía a las pláticas de Bergson en el Collège de France. El auditorio, dos o tres docenas de oyentes, muchos de los cuales se acercaban durante el invierno tan sólo a recibir calor, se perdía casi en el espacioso anfiteatro.

Corto tiempo después hice un viaje que me tomó dos o tres años. Al regresar a París quise oír una vez más a Bergson, habiendo estado durante mi viaje en correspondencia con él. Al llegar al Collège de France me sorprendió ver una larga fila de carruajes extendida hasta la puerta.

«¿Qué hacen aquí todos estos carruajes?», pregunté al conserje.

Me miró con aire de sorpresa y de piedad.

«Como consecuencia de las pláticas de Bergson, desde luego», me respondió.

Mi sorpresa se redobló cuando a la puerta del anfiteatro, que tres años antes había estado vacío en sus tres cuartas partes, fuí apiñado y empujado por una muchedumbre que en vano trataba de penetrar. Bergson se había vuelto famoso. Había pasado repentinamente de la oscuridad a la notoriedad. Este proceso, como acontece en París, se había efectuado con increíble rapidez. Damas con turbantes, pieles y penachos de plumas, llegaban en multitud a escuchar sus conferencias. Sus teorías eran discutidas en los banquetes de rango, entre el *foie gras* y el postre.

Aunque un buen número de personas imaginen lo contrario, las ideas básicas de la doctrina de Bergson no son difíciles de comprender. Todo el que esté previsto de un conocimiento rudimentario de la filosofía puede, con poco esfuerzo, prepararse para comprenderlas. Es, sin embargo, importante la forma de llegar a ellas. Es esencial seguir el camino propio, tener un hilo de Ariadna.

Si al acaso manoseas libros como *Materia y Memoria* o *Evolución Creadora*, puedes perderte en el laberinto. Es más simple comenzar por el principio, leer los primeros libros de Bergson, *Los Antecedentes inmediatos de la Conciencia*, y seguir así el desarrollo de su doctrina a la vez cronológica y lógicamente. Es una corriente que debe seguirse desde su nacimiento.

¿Cuáles son los fundamentos de las teorías de Bergson? Primero que todo, unos pocos hechos que caen dentro del campo de observación corriente, cuya realidad es fácil para todos verificar. Lo que llamamos tiempo, dice Bergson, es decir, duración medida por las manecillas de un reloj o los días de un calendario, no es en absoluto la duración real como es revelada por nuestra conciencia. El simple hecho de ser mensurable muestra que pertenece meramente al espacio, porque sólo el espacio está sujeto a medida. El tiempo real, como nuestra conciencia nos pone en condiciones de entenderlo, estos «antecedentes inmediatos de la conciencia», nada tiene que ver con esa suerte de duración. Es algo de naturaleza especial sin semejanza con ninguna otra cosa.

Cuando oímos a alguien que dice, «Se me hizo ese minuto un siglo», caemos, sin sospecharlo, en el propio centro, en el corazón del pensamiento de Bergson. Este minuto de que hablamos es —actualmente, considerablemente, —realmente—mucho más largo que aquellos que lo han precedido y seguido. Porque la medida real de un estado de la mente no es el número de minutos o segundos que ella soporta, sino la plenitud e intensidad de las sensaciones que despierta en nosotros. Esta es la duración real, como nuestra conciencia nos pone en condiciones de sorprenderla.

Dostoievsky, autor de *Crimen y Castigo* y de la obra admirable *La Casa de Muertos*, una de las novelas más bellas que se han escrito, relata en una de las curiosas páginas de sus memorias, que, condenado a muerte por el Gobierno de los Czares, en virtud de haber tomado parte en una conspiración, fué conducido a la horca. Se le colocó en medio de una fila de condenados y calculó que podría vivir cuatro o cinco minutos antes de que llegara su turno. Durante este tiempo,

asegura que vivió de nuevo en una forma más pintoresca y clara los acontecimientos principales de su vida entera. En el preciso momento en que se le llamó para ser colgado, un mensaje del Czar anunció que se le perdonaba la vida para ser deportado a la Siberia. Todo el proceso era una farsa preparada para ver los efectos sobre los prisioneros. Bastaron unos pocos minutos para revivir en la memoria de Dostoievsky los más notables acontecimientos de treinta o cuarenta años de vida.

Esta concepción bergsoniana del tiempo es el principio fundamental, el punto de orientación de su doctrina. Una vez comprendido esto con claridad es relativamente fácil seguirlo en todas direcciones, a través de las mil ramificaciones de su sistema filosófico.

La teoría de Bergson posee un alcance y una magnificencia incomparables. No solamente abraza la psicología, la moral y la metafísica, sino que va más allá de los límites de lo que estrictamente se llama filosofía. Toca de igual manera la literatura y el arte. Durante el último cuarto de siglo ha modificado profundamente, no sólo el pensamiento de una generación entera, sino también sus formas de sentimiento. La influencia de Bergson es inmensa y se ha extendido al mundo entero.

Al aparecer Bergson, hacia el final del siglo pasado, Taine y Renán formaban, por así decirlo, los dos polos del pensamiento francés. Pero sus ideas y aspiraciones ya no armonizaban con las de sus contemporáneos más jóvenes. Había una amargura, un desencanto y un pesimismo en sus doctrinas, que indisponía a la juventud. Una filosofía materialista dominaba el pensamiento de la época. Tan pronto apareció Bergson, los jóvenes se congregaron gozosos a su alrededor. Estaría uno plenamente justificado al decir que toda la generación que luchó en la gran guerra fué influenciada y formada por Bergson.

Bergson sigue la política con la mayor atención y el más vivo interés. No lo absorben exclusivamente sus meditaciones y estudios y en ningún sentido vive en una torre de marfil.

Fué el jefe de la delegación francesa que participó en la formación, bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, del Instituto para la Cooperación Intelectual Internacional. A menudo me ha conversado de su visita a Ginebra y de sus impresiones de la Liga, de la cual deben esperarse excelentes resultados. No hay país ni pueblo que más le interese que los Estados Unidos. Durante la guerra hizo una visita al Presidente Wilson, y le fué adicto.

Particularmente han atraído su interés la evolución intelectual y moral del pueblo norteamericano. Hace unos pocos años fuí invitado por el Presidente Garfield de Williams College, a hacer una serie de conferencias en el Instituto Político de Williamston, y lo primero que hice fué entrevistarme con Bergson a discutir el asunto.

«Cometemos un gran error cuando, como algunas veces ocurre en Europa, vemos con indiferencia el extraordinario

desarrollo económico de los Estados Unidos», me dijo. «Este es un aspecto del pueblo norteamericano, pero es un solo aspecto. Es imposible comprender la historia de los Estados Unidos sin tomar en cuenta las grandes fuerzas morales que los han movido en el pasado y que los animan al presente. Hay en el pueblo norteamericano insospechadas reservas de idealismo».

Lo que da originalidad a la conversación de Bergson es que, tan pronto ha surgido una pregunta en su mente, él va directamente al fondo de ella. Y no sólo hace un análisis pronto y diestro, sino que encuentra relaciones inesperadas entre el asunto presente y alguno otro que parecería muy remoto. Una completa serie de sensaciones e ideas se despierta y anima como por magia.

En ninguna parte ha revelado mejor el fruto de su mente que en el librito tan original y penetrante, dedicado a la risa. Se empeñó en explicar lo que aparece tan simple, pero que en realidad es tan complejo e imponderable. ¿Por qué reímos? Analiza Bergson todas las expresiones de lo cómico, desde el clown del circo hasta Moliere, Swift, Dickens y Cervantes, reduciéndolas a una ley única mediante una serie de deducciones ingeniosas.

Su mente analítica se ha aplicado a muchos asuntos. Le hablé, en una visita

reciente, de Napoleón. Uno de los dones más notables que Napoleón reveló a los 24 años, al comenzar su carrera, en el sitio de Toulon, fué su visión clara del campo de batalla en todos sus detalles. Fué como un famoso jugador de ajedrez que ve simultáneamente no solo el tablero sino las mil combinaciones que el movimiento de una de las piezas traería en el curso del juego. Bergson, como si no hubiese pensado durante muchos días anteriores en otra cosa, trató de explicar el proceso de trabajo de esos poderes peculiares tal como se manifiestan en la mente de un gran general o de un jugador de ajedrez. Desechó una teoría de Taine que considera esa visión como atribuible a una simple combinación en el espacio. Piensa que es una combinación demasiado mecánica. Lo que el general y el jugador de ajedrez ven son más bien combinaciones en el tiempo de fuerzas que se mueven, que se confunden y se cruzan entre sí sin enmarañarse ni disminuirse.

Cuando se habla con Bergson acerca de un asunto sobre el cual se ha reflexionado mucho tiempo, se adquieren aspectos nuevos y no sospechados. No conozco a nadie que dé la impresión de una fuerza intelectual tan intensa y sostenida. Este hombre, en sus libros y en sus conversaciones, revela el poder soberano de la mente.

Raymond Recouly

(Traducido para Repertorio Americano, del New York Times.)

## Noticia de libros

WERNER SOMBART: *Lujo y capitalismo*. Traducción del alemán por Luis Isábal. *Revista de Occidente*. 7 pesetas.

La interpretación materialista nos ha hecho ver en el capitalismo la consecuencia forzosa de ciertos factores puramente económicos. Una especie de átomos económicos—por ejemplo: las *supervalías* de Marx—, animados de movimientos propios, se suman y acumulan para formar el capital, y una vez redondeados, los capitales recorren, astros orondos, órbitas independientes de las voluntades humanas. Para ello ha sido preciso inventar un ente abstracto, el *homo oeconomicus*, equipado únicamente de necesidades económicas, que engrana en el mecanismo como el diente de una rueda y sigue el movimiento sin impulsiones internas. Estas—sus pasiones, sus ideas—son simple efecto del sistema económico en que vive.

Esta concepción materialista, como tantas otras de cariz semejante, hijas del siglo XIX, es la vigente entre el vulgo, a pesar de haber sido también, como ellas, victoriosamente combatida. Desarraigarlas es labor de gran dificultad, precisamente porque han sido aceptadas sin meditación. Se las ha recibido en un acto de fe como artículos de un credo.

La obra de Werner Sombart es una prolongada polémica con Marx. Le contradice, pero también le completa, perfecciona y supera. Derriba trozos del

edificio marxista, pero para colocarse encima de las ruinas, sin las cuales no podría haber alcanzado nunca su posición. La obra de Marx, exclusivista y parcial cuanto se quiera, dotó de un método a la economía. A la vez, y precisamente a causa de su exclusivismo, atrajo la atención sobre los factores que, con intelectual radicalismo, eliminaba totalmente de la vida económica. El poder de abstracción, propio del genio científico, alcanza a veces, tanta intensidad que practica verdaderas amputaciones y mutilaciones.

Para Sombart, la fuerza que realmente actúa en la vida económica es el hombre, el hombre vivo con todas sus aspiraciones, designios, quereres, ideas y pasiones, de modo que el sistema económico de una época expresa fielmente el sistema de impulsos dominantes en los sujetos que conducen la economía. Aquel ente esquemático, incompleto y sin entrañas, es restituído a su integridad, y como resultado, la vida económica tiene que aparecer mucho más complicada ante el hombre de ciencia. Ya no se puede, como profetizaba Marx, afirmar que por virtud de leyes fatales, casi mecánicas, el capitalismo terminará su reinado catastróficamente, tras la miseria progresiva del proletariado y la concentración general de los capitales. Esta evolución, tan simple como el movimiento de una rueda o el choque de dos cuerpos, seduce por su claridad, por su lógica interna y por su semejanza

con las explicaciones de la ciencia física, a la que toma su prestigio. Pero la ciencia económica actual, mucho más modesta, tiene que presentar otra perspectiva menos lógica, menos clara.

«Con este abigarramiento— escribe Sombart en su reciente obra *El capitalismo moderno*—veo yo la economía del porvenir. Permanecen cosas viejas, otras se modifican, se introducen otras nuevas. Y todo el proceso de transformación se realiza muy lentamente, de un modo orgánico, a la manera como crecen las plantas o los animales. Sin catástrofe alguna, sin interrupciones bruscas, sin ímpetu dramático. Sin duda alguna esta concepción es mucho más aburrida que, por ejemplo, la de Marx. ¡Con qué interés palpitante se lee el capítulo XXIII del primer tomo de su *Capital!* Desde un punto de vista artístico puede lamentarse que, en la realidad, la evolución tome un camino tan distinto del que Marx supone».

Estas nuevas concepciones, que comienzan por confesar su impotencia para profetizar seguramente los hechos y presentar esquemas sencillos, nunca serán recibidas por el vulgo con la misma fe que prestaba a las otras, sin duda porque estaban poseídos de ella. Creían haber hallado la verdad porque habían abstraído ciertos últimos elementos simples, y creían poder profetizar los hechos futuros porque estos elementos se dejaban manipular como números o como átomos. Y el vulgo, letrado o iletrado, gusta de que le sean presentadas las cosas en forma de  $2 + 2 = 4$ , y lo que no sea así, no se le impone con ese prestigio mágico que siguen teniendo los números.

Ha de sonar, por tanto, como una herejía oír a un economista que Jehová, el viejo Dios de los judíos, ejerció poderosa influencia sobre la economía europea, o como afirma Sombart al principio y fin de su libro *Lujo y capitalismo*, que el amor ilegítimo es el generador del capitalismo.

El capitalismo nace del lujo, y el lujo nace del amor ilegítimo a las *maitresses*; la mujer propia siempre ha sido económica. Con esto queda trazada, en síntesis, la trayectoria que sigue Sombart en su demostración. Describe primero el cambio en las relaciones de los dos sexos, que denomina la *secularización del amor* o victoria del principio de ilegitimidad; después, la vida de las cortes europeas, donde las *maitresses* son las que dan el tono e imponen el lujo; finalmente, cómo el lujo fuerza a ciertas industrias (sederías, orfebrerías, jabonerías, etc.) y a cierto comercio (azúcar, café, etc.), a tomar la forma capitalista actual. «Las hilanderías de la seda—dice—son los incunables del capitalismo.» Aparte del rigor con que Sombart conduce la prueba, ¡qué delicia picante en los datos! Donde otros manejarían horribles estadísticas, Sombart detalla, por ejemplo, los dispendios de madame Barry, por

cuenta del Rey, en joyas, sedas, porcelanas, jardines de amor. Son estadísticas para decir «*en souriant a la compagnie*». Lo que produce el capitalismo no es la necesidad económica, sino el lujo dispendioso; no el afán de ganancia, sino la pasión de gastar y ostentar; no una fatalidad económica, sino el deporte amatorio, un sentimiento ilícito; no los átomos económicos, sino ciertas hormonas, en suma, la vida que lo crea todo en sus saltos desordenados y superfluos.

Fernando Vela

(El Sol, Madrid.)

*Nuevos estudios helénicos*, por LEOPOLDO LUGONES. Editorial Babel. Buenos Aires.

Desde *Prometeo* hasta los *Nuevos estudios helénicos*, Leopoldo Lugones ha apurado el néctar y la ambrosía de la Hélade original. Pero según él mismo, la pasión por los dioses que «no han muerto y van a volver», es decir por el culto de la vida, le viene de la belleza del paisaje griego que circundaba a su Córdoba infantil. Es, pues, una concepción poética, nacida como nacen los poetas, por necesidad fecunda de la naturaleza y en su cuadro pertinente. El cantor es, hace tiempo, un helenista. Lo es por vocación rítmica y por perfección en el estudio. El haber vertido a Homero en versos castellanos, cual nadie lo ha hecho, no sólo en América, sino en la propia España, según lo reconoce el maestro D. Luis Segalá y Estalella, añadió un eslabón que faltaba en el ciclo comenzado con el maravilloso realumbriamiento eleusino que obtuvo en la investigación del mito primordial. Así llega el rayo de la estrella desaparecida hace siglos, por la ciencia y videncia del astrónomo que tiene la vista fija en el firmamento. Su propaganda griega fué expuesta hace una veintena de años; todos los libros y ensayos posteriores, incluso el último, son sus argumentos. La continuidad de este culto, acendrado por el conocimiento intenso de las fuentes magistrales, puede seguirse sin una solución. *El ejército de la Iliada*, *Las industrias de Atenas*, *La funesta Elena*, *Un paladín de la Iliada*, *La dama de la Odisea*, *Héctor el domador*, *Las carreras de la Iliada*, *Apuntes de helenismo médico*, *El ideal en la legislación soloniana* y otras traducciones y acotaciones de las rapsodias homéricas, son los faros encendidos en el arduo camino. La visión humana de la vida y organi-

zación de Atenas se va concretando rápidamente en una aplicación creciente al mundo, al siglo, al preciso momento actual, a América y por fin a la patria. Todo y cada día más le indica que «aquella cosa pagana puede ser también la cosa argentina».

La exégesis de esta tendencia no ha sido hecha y tal vez no existe. Literariamente es claro que la tiene y su comunión con los cultivadores de letras clásicas es indudable. Sería difícil sorprenderlo, no ya en una falta, sino en un descuido. Cuando se decide audazmente, aterrorizando un prejuicio secular, a desechar la *cólera* de Aquiles para poner en su lugar el *encono*, contesta a los críticos con la revelación de un conocimiento tan aplastante que quizá este incidente fué eliminador de cierta tentadora incredulidad con que la ligereza ambiente aspiraba a sobreponerse en su paciente laboriosidad. Doctrinariamente hay que señalarle antecesores de otro género, que no son hombres, sino épocas históricas: la tentativa fatal de Juliano y el Renacimiento. Habría que buscar estados de ánimo parecidos al de sus libros, en los que agitaban melancólicamente a la Roma del último emperador pagano y magníficamente a la del siglo xv. Y, como escritor nuestro, esta preocupación tampoco resulta exótica, ni puede serlo en un país donde el más griego de los poetas latinos fué también traducido— con cuánto amor y visión propia—por un general y Presidente de la República.

Lugones no hace mitología, pero la suya es del mejor género. La interpretación de los ciclos prometeo y troyano, en lo que muestra de tal, participa de la sabiduría de la escuela histórica, aun no queriéndolo. Su hipótesis lunar y solar no tiene nada que ver con la teoría astronómica. Sus dioses son hombres y sobre todo hombres verdaderos, naturales, con cualidades y defectos humanos. Si, en este sentido, ensalza a Prometeo sin alejarse de Zeus, lo hace como un griego, como Esquilo mismo en la pérdida de su trilogía, y no como Shelley, impaciente en su lógica británica por mejorar el porvenir. La prehistoria y la historia se unen en su juicio para formar la Atenas ideal de su dechado. Así cuando lleva a Córdoba, en la conferencia que constituye el capítulo final de su último libro, un bronce ateniense para colocarlo en la ciudad universitaria, ese bronce es el busto de Solón, de la misma manera que en el Centro de Medicina erige, sobre igual basamento, todas las figuras que van de Esculapio a Hipócrates.

Los *Nuevos estudios helénicos* son necesarios en la apreciación de la producción de este escritor. Son, además, libros de utilidad práctica y, aunque sólo fuera para ir infundiendo en nuestro sistema cultural la nostalgia de las letras clásicas, tendrían ya un valor positivo. Pero no pueden tomárselos aisladamente. Sería como ver el Paladín sin entrar en Atenas.

(La Nación  
Buenos Aires)

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## La Sastrería Americana

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50** c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho. Busque los casimires de la **SASTRERÍA AMERICANA** son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

**S**i no hagués de complir, en aquest moment, un deure de cavalleriesitat, no gosaria pujar a aquesta tribuna per a presentar-vos una poetessa. Els poetes, quan són veritables poetes, no necessiten presentació. Llur poesia és suficient per revelar-los; fins i tot és el què millor els pot revelar, car és l'essència i la flor de llur ànima.

La cavalleriesitat, però, m'obliga a dir-vos quatre paraules, amb les quals provaré de precisar, no pas el què Emilia Bernal representa en les lletres cubanes, sinó la gratitud que tots li devem per haver-se apropiat amb *intelletto d'amore* devès la nostra poesia, desitjosa d'extreure'n la mel i de vessar-la en el vas pristi de la seva obra. Tenim, demés, el deure d'a comiadar-la, ara que se'n torna a Cuba, la seva pàtria, des d'on es proposa emprendre una croada de germanor intel·lectual per diversos països sudamericans, que moralment no formen sinó un fogar de cultura i de tradició. A això m'hauria de limitar.

Tanmateix, potser no estarà de més que donem un cop d'ull a la lírica femenina per a situar-nos millor quan escoltem les poesies d'Emilia Bernal. Emilia Bernal pertany a aquest grup de poetesses hispano-americanes que s'han revelat en aquests darrers temps i que, cosa insòlita en les lletres castellanés, ens mostra l'ànima femenina amb una cruesa, una veracitat i una sinceritat a les quals no estem gaire avesats.

Debades cercariem, en les terres peninsulars de parla castellana, una poetessa inquieta, turmentada y apassionada com les que ens ofereix el panorama de la poesia femenina hispano americana. Els noms de Delmira Agustini, de Juana de Ibarbourou i de Gabriela Mistral, per a no esmentar sinó els que ara em venen a la memòria, són prou per a justificar el què dic. A questa pléiade illustre pertany Emilia Bernal.

D'aquesta aportació femenina a la lírica hispano-americana hom ha volgut fer-ne una excepció, i realment excepció hi ha. Però no ens enganyem. Aquest desenrotllament de l'ànima femenina no és peculiar a les lletres hispano-americanes. La lírica francesa, amb Mme. de Noailles al davant, és rica de poetesses que s'han sentit dominades per les inquietuds

## Escoltem-la



Emilia Bernal

del temps, que s'han acararat amb la realitat dolorosa del món, que han volgut demanar a la vida un sentit i una explicació, que s'han plantejat el problema de la felicitat humana i el de llur pròpia i individual felicitat. A Itàlia trobarem d'altres poetesses, com Ada Negri, l'obra de les quals és una confessió de totes les angoixes i de totes les lluites que la vida ens reserva i una interrogació constant sobre el destí. A tot arreu, la dona cultivada comença a sentir aquesta inquietud espiritual que les seleccions masculines han experimentat davant els problemes essencials de la vida. A tot arreu, és un dir. Vull significar en tots aquells països on la dona és esperonada pel desig de saber, per l'afany de fruir, per l'anhel de viure la vida en tota la seva plenitud, on participa tant com l'home de la febre, del tumulte i de les angoixes de vida moderna.

Aquesta inquietud no és encara gaire sentida a la península. Arribaré a dir que no és gens. Ho és, pel contrari, en un gran força elevat, en les terres americanes, on la dona ha rebut una educació més en harmonia amb els temps

Alfons Maseras

actuals i on s'ha sabut alliberar de molts prejudicis. La floració d'aquesta pléiade de poetesses de què he parlat, i a la que pertany Emilia Bernal, per dret propi, no té, crec jo, cap altra explicació. Al menys, jo no en trobo d'altra, davant la migradesa, per no dir la inexistència, de la lírica femenina propiament castellana. Per tant, junt amb la d'aquestes altres poetesses hispano-americanes esmentades, la veu d'Emilia Bernal, tant personal i característica, per altra banda, porta a les lletres espanyoles un accent nou, fet d'inquietud, de sinceritat, de crua i terrible sinceritat, a vegades, que ja no ens ha de sorprendre en uns llabis femenins. És un accent més íntim que els que fins ara havíem oït, un accent com de pregària o de confiança, que ens fa sentir, sobre tot, al través de la diferència dels sexes, a desgrat dels matissos de sensibilitat i d'educació, la germanor de la illusió i de l'ensomni, la identitat, per a l'home i per a la dona, de la passió i de la dolor.

I ja he dit massa coses sobreres. Quan vaig trobar per primera vegada Emilia Bernal, a París, la poetessa havia fet una llarga estada a Portugal, on havia estudiat i traduït alguns poetes d'aquell interessant país. Coneixedora profunda de la llengua castellana, els altres parlars ibèrics l'interessaven també. N'és estrany, doncs, que sollicitéssim la seva atenció per la nostra poesia. Emilia Bernal hi ha consagrat més temps o més afecte dels que podíem esperar. S'ha assajat a traduir els nostres poetes i de bell antuvi les seves versions foren molt reeixides. I ha arribat a vertir en versos castellans una obra dramàtica catalana, en tres actes. Ella mateixa diu que això només és per començar. En posar-se en contacte amb el nostre poble, en visitar la nostra terra i viure en el nostre ambient, en tractar els nostres escriptors, espera arribar a conèixer les nostres lletres més a fons, per copsar-ne tota la idealitat i tot el caràcter.

Per això sol, Emilia Bernal mereix el nostre agraïment. I mereix, demés, tota la nostra atenció, car és un esperit de selecció i una flama vivent d'entusiasme, una poetessa amb el sentit innat de la poesia, una ànima lírica veritable. Escoltem-la.

## Poesías de Emilia Bernal

### I

Hoy me despierto enamorada, al fin,  
de nuevo: ¿Qué traerá la vida?  
¿Flores? ¡Yo no merezco! Si esas flores  
pudieran ser regalo de mi huesa...  
Viva soy una huesa. El alma mía  
se refugia en su hondura. No hagan ellas  
que, a hurtadillas, el alma se me asome  
para caer, de nuevo, más herida,  
tanto, que ya no pueda alzarse nunca.

### II

Mimosa y rosa. ¿Quién soy yo? ¿Y quién eres  
tú? Renunció tal belleza.  
Bien sé que sólo soy de escamas córneas,  
de garfios y de púas sólo hecha.  
¿Y tú que tienes dejadez de sauce,  
morbidez de magnolia y luz que besa,

gustas de recostar la vida tuya  
sobre la almohada de mi hombro, negra...?

### III

¿Rosas? No. Son gardenias. Yo decía:  
¡Qué rosas tan sensuales! Las miraba  
con miradas de amor. Y una caricia  
se fué de las manos. Al tocarlas  
tuve la sensación de la caricia  
de tu mano en la mía, adivinando  
que fruta y flor y carne son la misma  
cosa que plasma temblorosamente  
la sensual armonía de la vida.

### IV

Lloro porque quisiera eternizar  
la belleza sensible; pero ella  
movible, inquieta, fugitiva, huye  
y se transforma a cada instante. Mi alma

tuviese fuerza y detener hiciera,  
subitamente, el curso de la vida  
para dejarte eternizada, forma  
que giras, sin cesar, hacia la muerte.

### V

Este perfume el alma me trastorna.  
Es perfume de muerte. Lo conozco.  
Este perfume vino a verme un día  
en que la noche se hospedó en mi casa.  
Yo no sé si es perfume de la tumba  
o síntesis del mal que huele a tierra.  
Sólo sé que a él me entrego y al abismo.  
No sé que abismo de invisible fondo  
en donde me hundo irremediamente.  
¡Sea! Y envuelta en él mi alma salvaje  
voluptuosamente rueda al Orco.

Barcelona, 31 diciembre 1925.

## Carta de Haya de la Torre

Hamburgo, 5 de enero.

Mi querido don Joaquín:

Le escribo ya después de terminado el proceso judicial que comenzó en Bremen y culminó en Hamburgo para salvar la omisión de la visa alemana en mis pasaportes. Felizmente, nobles compatriotas míos, algunos de ellos miembros del ejército peruano, se apresuraron a venir a encontrarme, ayudándome con generoso entusiasmo a solucionar estas dificultades creadas por la irregularidad de mi viaje y por las pésimas referencias, falsas todas, aunque generadas en los cubiles yanquis de Costa Rica y Panamá—que las autoridades canaleras habían enviado presurosamente para dificultarme el viaje.

Pero no todo es Yanquilandia en este mundo, ni todos los peruanos son del tipo del insignificante representante de Leguía en Costa Rica. Del noble tipo de Ponce, Santibáñez y Ugarte, los peruanos de San José que usted conoce, hay otros por el mundo, listos a servir al conciudadano y capaces de rechazar cualquier orden yanqui, por imperiosa o económicamente tentadora que ella sea.

Los apristas de París están ya noticiados por la prensa de este viaje intempestivo y han teleografiado expresando su alegría por mi próximo viaje a

Francia. Ofreceré, pues, varias conferencias en la Maison de Savantes de París y contaré mi odisea centroamericana. No olvidaré a mis nobles amigos de Guatemala, El Salvador y Costa Rica para cuyos pueblos siempre será débil mi palabra de simpatía y de fe. Y especialmente, no olvidaré a Costa Rica, a esa Costa Rica joven y fuerte que son ustedes, que ojalá lleguen a gobernar plenamente su país un día. Porque contra las afirmaciones irresponsables de los que creen que un pueblo no puede ser gobernado por un maestro de escuela, hay que responder, con la historia en la mano, que el más grande presidente latinoamericano ha sido, sin duda, Sarmiento el argentino, maestro de escuela. Y Calles, en Méjico, también lo fué.

Sigan, pues, llenos de esperanzas, aunque el imperialismo y sus representantes de las compañías fruteras compradoras de plumas, les insulten. Sigán, porque ustedes son Costa Rica y ustedes en su país representan el espíritu nuevo y altísimo de la Joven América Latina, antiimperialista y constructiva.

Al salir, ya en viaje, leí un artículo del Lic. Ricardo Jiménez, titulado *Desinflando un globo de escándalo*, o cosa así. Desgraciadamente ese artículo

salió a luz tres días después de mi salida de San José y casi trascurrida una semana de la iniciación del escándalo por el diario que lo provocó. Por eso no lo contesté, pero habría deseado decir al señor Jiménez que yo no pretendo afirmar que él se había vendido a la United, contra la que tan ardorosos discursos pronunció en otro tiempo, sino referirme al hecho de la venta como entrega de un pedazo de tierra costarricense por no importa qué suma al imperialismo voraz, representado por una compañía que está, por compras sucesivas, acaparando miles de hectáreas de terreno y mermando así la soberanía nacional. Naturalmente, la operación fué *legal*, es decir, de acuerdo con las leyes de Costa Rica, que no defienden al país de la venta de territorio al extranjero, como lo hice notar en mi conferencia de la Facultad de Derecho. Pero esa es mi objeción: entregar un pedazo de tierra por dinero o por nada a las compañías imperialistas es entregar un pedazo del país.

«Un hombre de 30 años no puede pensar como uno de 60», dice don Elías Jiménez. Menos como uno de setenta. Que se me perdone pensar como uno de mi edad, proclamando el nacionalismo económico y la no venta de nuestras tierras al imperialismo.

Un abrazo.

Haya de la Torre

## 2 poemas de Serafín Delmar

### Himno

Arbol

soledad del hombre, niño aun he visto irse las estrellas a la llegada del alba, los pájaros gritaban de alegría, libres y cara al sol rasgaban su canto en las ramas abiertas que miden el cielo.

Arbol

garúa de música,  
paisaje de la luna,  
e s p e r a n z a siempre arriba  
como la de este hombre que canta.

Pájaros, únicas banderas de libertad que bate la tierra, embanderando los árboles rubrican su violín.

Arbol campesino, dulce y fraterno como caña de chocho,  
en la ciudad es centinela que custodia la miseria, ríe, pero nunca llora como el viejo pampero de mi pueblo que me decía:

Amigo mío—no hay mejor hermano que un árbol que crece a nuestros ojos.—Cuántas tardes su sombra tibia acarició el sudor ácido de mi cuerpo. Cuando iba al trabajo en las mañanas de huevo tocaba las nubes—yo miraba con mis ojos azorados día y noche, día y noche, tanto, que las virutas de la voluntad levantaron mástiles donde nació  
UN HOMBRE CON LA MONEDA DEL INFINITO ENTRE LAS MANOS.

Arbol

ascensor de los hombres a la más alta ciudad,  
campanario verde,  
vigía del horizonte y metáfora de la tierra:  
cómo le debes doler a la noche cuando le robas las estrellas del cielo!

Las chimeneas de la urbe,  
proveedora de las guerras

te saludan con hurras de humo  
y los hombres estremecidos de las fábricas  
te regarán con sangre  
para que nazca la libertad  
desde tus raíces profundas.  
Entonces, no habrá más hombre que el que defiende la tierra.  
ni más Dios que el hombre.

Lima, 1926

### Poema

Es el viento americano espolando los Andes  
que trae en su canción bronceada el sol colorado.

Trópico de auroras alegres  
donde nadie sabe ver la tristeza de los pobres  
ni como revientan las estrellas en nuestro grito.

Son los pueblos de América arengados en una sola voz que marchan sobre el siglo.  
México es el meridiano de esta hora levantada por los fusiles de la revolución.

Es Yankilandia nuestro único dolor de compañeros menores, somos solamente enemigos de Wall Street y su Doctrina Monroe, pero Walt Whitman es nuestro, en su pensamiento floreció nuestra hora futura. El rasca-cielo es la esperanza del hombre de superar el infinito. Palabra renegada de la ciudad y de la vida urbana donde los Sindicatos agitan el pañuelo de Marx, pero allá en el campo está la sangre de Cristo, desde donde espía la alegría frutecida del campesino sobre la espiga de los trigos.

Son los indios que han abierto en la eternidad la sangre de sus arterias.  
En las cruces del imperialismo habrá puesto la cordillera el frío de su soledad,  
y ahora es el pueblo que canta. Oh, ciudades

mecánicas donde los trenes lloran en la noche  
y al silbido sonoro del viento despiertan las  
multitudes presurosas que marchan en su conquista.

Amarrando las auroras en el cuerno del sol,  
la tierra en su entrega salpicó de júbilo  
los andamios telúricos, pero todos lloramos  
en esta hora con las mismas lágrimas de la mañana.

Es que estamos lejos, lejos del país  
donde tengo la madre que murió de hambre;  
donde ya son hombres  
esos niños pobres que en las noches dormían  
junto conmigo lacrándose los ojos de tanto  
mirar la noche.

En nuestras miradas se escondía, como  
ahora, la misma tristeza,  
es por eso que se ha pintado en nosotros  
la t r a g e d i a  
y la revolución es como un nuevo sol  
que ha amanecido en la estepa de nuestras  
a l m a s.

Qué tristes son los pueblos. El Perú,  
allí tengo amargado el recuerdo  
y prendida la voz en esas vidas miserables  
de los hombres del campo que han  
escarchado su alegría.

Las mujeres escarmenando el cielo  
reventó la lluvia en sus ojos,  
desde entonces dieron un pan de lágrimas  
a todos los hijos.

¿Pero reivindicaremos nosotros la ALEGRÍA AGRARIA  
de los compañeros?

Sí,  
y se marcará una fecha que nunca olvidarán.  
Cantará la tierra,  
amapolas rojas. Somos hijos de ella.  
Sacrificados, apenas tendremos tiempo  
de un abrazo al fusil.

Así, arrojada la angustia correrán los años,  
oh, jóvenes soldados fecundad con nuestra sangre  
el vientre materno.

Venimos cansados como los ríos,  
en nuestro dolor ni siquiera crece  
una flor de amor.  
El viento se acuchilla la garganta  
y sale esta voz.

Es trágica la piedra, mas trágico  
el corazón que no siente esta fuerza  
cosmogónica del hombre mapa-mundi.

Y esta canción es de los astros,  
es de la vida,  
será por eso tan salada la saliva  
y tan ancha la tragedia mural del  
t i e m p o.

Madre,  
por última vez te reconozco,  
aquí este vino amargo de tu mesa,  
pruébalo.

Serafín Delmar

México, 1928.

México, D. F.  
1.º de diciembre de 1928

Señor J. García Monge.

San José.

Estimado y querido compañero:

Le adjunto 2 poemas sociales para nuestro *Repertorio*. Creemos los poetas revolucionarios que la difusión del arte por medio de la prensa es el mejor medio de que llegue a las masas, ya que el libro es solamente un documento para la historia. Nos interesa que el proletariado encuentre sus sentimientos captados en nuestra poesía, por eso le debemos dar al arte social la mejor acogida. Si no es para el pueblo, ¿para quién guardamos la inteligencia? Usted, compañero García Monge, como el mejor que comprende nuestra misión, debe usted invitar en su publicación a todos los poetas de América identificados con la causa social, a que colaboren. Así *Repertorio Americano* cumplirá más fiel que nunca los postulados de emancipación de nuestro partido, asumiendo el papel constructor y destructor del pensamiento pequeño burgués individualista. Contribuir a que el pensamiento se socialice es ser revolucionario.

Con las muchísimas gracias que le debo por la acogida que da usted a mis artículos en su periódico, le abrazo cordialmente.

Serafín Delmar

**Exorna** la primera página de esta entrega un dibujo inédito de Solano. Por este dibujo y otros ganó en justicia medalla de oro; el correspondiente primer premio, dígame, en el Concurso que há poco abrió el *Diario de Costa Rica*.

#### Dicho memorable de José Martí:

— *Zumeta* <sup>(1)</sup>, no flaquee; basta que en un pueblo haya un hombre que quiera intensamente que una cosa se realice, para que al fin esa cosa sea realizada.

#### La lección de Hoover

El señor Hoover, representante de la gran democracia saxoamericana y del poder financiero más grande de la tierra, tuvo que soportar una comida en la poco grata compañía de Emiliano Chamorro, Adolfo Díaz y José María Moncada, fundadores y continuadores del chamorrista nicaragüense. La proximidad de esos personajes genuflexos puso de mal humor al señor Hoover y así su *toast* por Nicaragua careció de efusión y de tono. Es repugnante comer o beber con gentes de bajo alquiler.

<sup>1</sup> Habla con su amigo, el escritor venezolano César Zumeta.

## Tablero = 1929 =

En cambio, el saludo hecho al pueblo libre de Costa Rica por el futuro jefe de la Casa Blanca tuvo la altitud verbal y mental que las circunstancias le imponían.

Dentro de las repúblicas centroamericanas, Costa Rica es la única que, a pesar de tener cuantiosos compromisos de finanzas con los banqueros de Wall Street, ha sabido defender su alma y llevar con decoro su condición de pueblo endeudado.

El conquistador, llámese los Estados Unidos, o Inglaterra, sabe muy bien que el más seguro vehículo de la colonización es el dinero. Pero el dinero no pasa de ser un conmutador de riquezas y de bienes materiales cuando el que lo recibe se cree y se hace valer como superior a su influjo. Una de las escasas verdades que ennoblecen la vida es la que de que hay ciertos valores morales que no se pueden comprar con nada. Uno de ellos, la soberanía de las naciones auténticamente soberanas.

Hoover felicitó al pueblo costarricense por haber conservado su libertad e independencia. Estas palabras prueban que

el orgullo de los humildes suele desarmar a los fuertes.

La lección de Hoover no debe perderse. No hay ningún panamericanismo que obligue a los pueblos de la América india a las actitudes horizontales, a la zalamería y a la menesterosa humildad.

Aun dentro de la campana neumática del determinismo económico y de la subafluencia geográfica puede un pueblo, llámese Colombia o Costa Rica, creer y confiar en sus fuerzas y recursos espirituales, mantener sus relaciones con otros pueblos dentro de una cortesía varonil y, si fuere necesario, ligeramente esquiva. Esa esquividad es el pudor de los débiles.

(*El Tiempo*, Bogotá).

#### Señas de escritores:

Guillermo Jiménez. — Hamburgo 42. México, D. F. México.

Prof. Juan B. Salazar. — Calle de Alejandría 26. Col. Clavería. Atzacapotzalco, D. F. México.

Montiel Ballesteros. — Joaquín Muñoz 2940. Montevideo. Uruguay.

Francis Laguado Jayme. — P. O. Box 1633. La Habana. Cuba.

Julio Mercado. — 8711-95 Str. Woodhaven, N. Y., U. S. A.

José María Delgado. — 8 de Octubre 2693. Montevideo. Uruguay.

### Generación menguada Apelamos hoy a la historia

Señor Director:

Corría el año de 1909, si nuestra memoria no va a la deriva, y a la muy noble y muy leal ciudad de Cartagena de Indias, en una formidable unidad de la marina de su país, llegó, en visita oficial, el señor Secretario de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica, el señor Elihu Root. La presencia del poderoso visitante se señaló en la hermana ciudad por una ausencia total de espectadores en el corto trayecto seguido de la Estación del Ferrocarril al Palacio de Gobierno y de allí a los salones del Club Cartagena, en aquel entonces situado en la esquina de la Plaza de Bolívar, frente a la Catedral. Las ventanas y puertas permanecieron cerradas y si acaso, por entre los visillos, dos pupilas negras, intensamente negras, avizoraron el silencioso cortejo oficial y contemplaron, despectivamente, la figura alta y seca del señor Secretario. Al banquete concurrió el elemento gubernativo y escasísimos invitados. Poco después del champán, un *valet de chambre* de frac, pantalones cortos de seda y zapatillas charoladas con gruesas hebillas de plata, llevó en una bandeja una carta de su señor, de don Pedro Vélez Racero. El sobre estaba dirigido al señor Root y uno de los párrafos de dicha misiva decía: «Habéis llegado a nuestras playas áridas y desiertas, en donde parece que un sol de fuego ha desteñido los matices de nuestro carácter nacional...» Y otro terminaba de aquesta manera: «Y no os digo más de lo que debiera y quisiera deciros: Señor Root, sois nuestro huésped!»

Tales recuerdos se han acumulado en nuestra mente al leer las larguísimas descripciones sobre el recibimiento hecho al Presidente electo Hoover, en Nicaragua. La multitud se ha arrojado a los pies del vencedor; los gritos entusiastas han atronado los aires; chirimías y atabales han ensordecido el espacio al paso del Presidente, pero a ninguna mente ha llegado el recuento de la gesta dolorosa y heroica de un oscuro soldado que se debate en la manigua contra el hambre que lo cerca y el plomo americano que lo rodea, por dar libertad a los suyos, por poder gozar del infinito placer de ser libres.

Signos del tiempo, diría el escéptico. Cómo pensar generación menguada, diría el poeta. Pueblo más vil que la tiranía que soportáis, diría *Tosca* antes de lanzarse por encima del farallón.

F. C.

(De *La Prensa*. Barranquilla.)

#### Por el atajo

Dentro de poco saldrá en Cartagena una segunda edición de *Por el atajo*, el exquisito volumen en que Luis C. López reunió buena parte de sus visiones funambulescas de los hombres y de las cosas. La musa plácida de Luis C. López tiene de la vida una visión de filósofo cínico, que se complace en someter todos los actos humanos a la ac-

ción de su ironía, disolvente como un ácido. Sus rimas se prenden a la memoria con extraordinaria facilidad, y, aun sin que el lector lo quiera, vienen a su imaginación a cada momento la figura del barbero pueblerino que «oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire», o la del rechoncho funcionario de aldea que rubrica todos los actos oficiales con la punta de su machete. Esta circunstancia ha hecho que los versos del cantor costeño se hayan difundido rápidamente por todas partes hasta el punto de tornar a López en uno de los poetas más populares de la América latina.

La edición que ahora sale a la publicidad llevará un prólogo del maestro Sanín Cano y contendrá, además, algunos poemas inéditos. Así el libro, estamos seguros de que constituirá un nuevo triunfo para el original poeta de *Posturas difíciles*.

(*El Espectador*. Bogotá.)

#### Si al Dr. Lombana...

*Nos hacen pensar, estas líneas, en nuestro Carlos Luis Sáenz, que pudo, y hasta debió, ser el nuevo Director de la Normal.*

Si al doctor Lombana Barreneche se le hubiera preguntado a quién deseaba como sucesor en la cátedra, a quién legaba el cuidado de las jóvenes inteligencias que se tendían hacia él, ansiosas de saber y de orientaciones morales, de seguro hubiera contestado:

—A Miguel Canales.

El ministerio de educación nacional acertó agudamente cuando le entregó a este viejo profesor de inteligencia abierta, hospitalaria, de tan moderna sensibilidad, de tan sutil penetración y de conocimientos tan vastos, la herencia del austero sabio que nunca supo ser el maestro de férula y disciplina sino el director espiritual, el compañero de estudio, el sonriente camarada de sus alumnos. Este humor siempre despierto, esa franqueza abierta, ingenua, son rasgos comunes entre el profesor muerto y el que le sucede. Son espíritus afines no sólo por su amor a la ciencia sino por su efusión cordial, por su temperamento, por un cierto escepticismo que no excluye sino que reafirma e intensifica la fe en el progreso, en la dilatación de los conocimientos, en el dominio del hombre sobre los factores que conspiran a su destrucción.

Es satisfactorio ver orientado al ministerio contra el bluff, contra el charlatanismo, contra el glaxismo científico, y hacia los hombres de estudio, sinceros y sencillos, probos, enemigos de la simulación y del exhibicionismo. El nombramiento del doctor Miguel Canales, acaso en este momento el médico más popular, más querido en Bogotá, es una prima a la buena fe, una recompensa al estudio austero, una prueba de que todavía quedan algunos funcionarios que distinguen el oro puro del tumbago que brilla.

En cuanto a los futuros discípulos del viejo Canales, encontrarán en sus labios, donde florece la sonrisa de la perfecta comprensión, la misma enseñanza de

verdad, irónica y conmovida, que les hubiera dado Lombana Barreneche.

(*El Espectador*. Bogotá.) **Maitre Renard**

#### La ciudad, el país...

La ciudad, el país, vibran hoy conmovidos por una empresa espiritual, por una hazaña gloriosa, que es un rayo de luz en la época de crudo materialismo que estamos viviendo. No es el golpe de socarrona audacia que produce millones de pesos en breves días. No celebramos a Benjamín Méndez como hábil concesionario, ni como afortunado contratista, ni como rápido constructor de un puente ni de un rascacielos de cemento armado. Alabamos en él la chispa lírica, el arranque romántico, el desprecio de la vida, el hambre de fama que lo trajeron a este risco austero y pensativo, por encima de mares coléricos, de cordilleras graníticas y de selvas y ciénagas invioladas, que lanzan hasta el cielo, como la blasfemia de un desesperado, sus emanaciones lívidas y asesinas. La glorificación del muchacho sin miedo, que llega al corazón de la patria después de haber soportado penalidades, sinsabores y amarguras que a otro le hubieran roto las alas del alma, es propiamente hablando un homenaje a nuestra raza, a su tenacidad, a su valor, a su tradición heroica, que refflorece con avasallador orgullo en este soldado sereno, impasible, prudente, sagaz, que ha despreciado los halagos de una gloriola fácil, de un triunfo de papel, a cambio de la conquista sólida, indeleble. Sea bendita la hora en que el pueblo bogotano, que en los últimos años se ha venido despeñando al abismo de una concepción israelita de la vida, puede ofrendar sus fervores a un héroe verdadero, a un hombre de nervios, aventurero del espacio, colonizador de las nubes, que ha preferido construir en los cielos infinitos, antes que asegurarse sórdidamente la paz económica en la tierra.

**Maitre Renard**

(*El Espectador*. Bogotá.)

#### Una gran revista de estudios hispanoamericanos

Federico de Onís edita en Nueva York una nueva revista de estudios hispanoamericanos: *La Revista de Estudios Hispánicos*. Se han publicado hasta la fecha cuatro números, correspondientes al año de 1928, todos ellos de muy selecto material. Entre los colaboradores del nuevo órgano de difusión intelectual figuran Fernando de los Ríos, Concha Meléndez, Ernesto Morales, Díez Canedo, Américo Castro, Tomás Navarro, M. J. Benardete, César Barja y muchos otros escritores de España y América.

Creemos que esta revista viene a llenar un vacío y a ocupar el primer puesto entre las publicaciones en español de este país. Las altas dotes intelectuales de Federico de Onís son conocidas de todos nuestros escritores y su amplitud de criterio nos garantiza la imparcialidad y la altura de miras indispensables en una obra de esta naturaleza.

**A. Torres Rloseco**

University of California  
Berkeley, California.